

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1874. — TOMO XXXVIII.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 30. — N° 984.

Administración general y Redacción: Passage Saunier, número 4, en París.

SUMARIO.

El nuevo presidente de la República de Chile; grabado. — Revista española. — El Berry y la Marche; grabados. — Emilia Dubois, de la Comedia Francesa; grabado. — Los patinadores marítimos de Barcelona; grabado. — Revista de París. — Poesía. — Moscou; grabados. — ¿Qué hará de ello? — Recuerdos de un guardia móvil; grabado. — Incendio de Chicago; grabados. — Bernabé Rudge, novela escrita en inglés por Carlos Dickens. — Problemas de ajedrez; grabado.

uno de los que puso en primera línea para bien del país, pues como gobernador de Santiago demostró mucha firmeza de carácter, templada por la mayor cordura, confirmando así las esperanzas que en él había fundado su partido.

Poco tiempo después entró a formar parte del gabinete demostrando entonces como ministro las altas prendas a que debe su prosperidad y su elección. Su estancia en el gabinete y después su presencia en el Senado, donde obtuvo un puesto en la última elección, se dis-

tinguieron por los importantes servicios que prestó al progreso. A su iniciativa se debe la ley interpretativa de la Constitución en materia religiosa, que ha establecido sólidamente la libertad de cultos en la República de Chile, así como se le deben también importantes modificaciones en el sistema de la instrucción pública y una gran parte de la excelente reforma constitucional que acaba de discutirse en el Congreso y que asegura al país las libertades que ha conquistado en el seno de una paz profunda en los últimos diez años transcurridos.

Don Federico Errazuriz ha sido elegido presidente por una enorme mayoría, no obstante los esfuerzos del partido contrario cuyos órganos, habiendo pasado ya el ardor de la lucha, comienzan a confesar que la elección se hizo con la libertad más absoluta.

El 30 tuvo lugar en Santiago la sesión solemne que debe celebrar el Congreso para hacer la proclamación de presidente de la República.

A pesar de los rumores que se habían hecho circular, asegurando que la minoría opositora se abstendría de asistir, para que de este modo, no habiendo número competente de diputados, no pudiera hacerse la proclamación, asistieron los más conspicuos miembros de la oposición, dando así con su presencia más solemnidad a un hecho que por sí solo encierra tan grande importancia y demostrando que reconocen la consumación del hecho legal.

Esta conducta no podrá menos de merecer los más sinceros elogios de todos los hombres animados de verdadero patriotismo.

El señor Federico Errazuriz fué proclamado presidente de la República para el próximo período de cinco años, habiendo dado su voto por la afirmativa los 47 senadores presentes y 73 diputados, contra 43 que votaron por la negativa.

Algunos miembros notables de la minoría opositora votaron por la afirmativa.

Nuestro corresponsal de Santiago nos comunica a última hora lo siguiente:

« Esté ya acordado el nuevo ministerio, que se inaugurará el 18 con el futuro presidente de la República. Podemos asegurar que se compone de las siguientes personas:

Interior y Relaciones exteriores, don Eulogio Altamirano; Justicia, Culto e Instrucción pública, don Abdon Cifuentes; Hacienda, don Camilo E. Cobo; Guerra y Marina, don Anibal Pinto.

Si ha de calificarse el color político de este ministerio, puede decirse que es mixto de conservador y liberal.»

El nuevo Presidente

DE LA REPÚBLICA DE CHILE.

La República de Chile acaba de elevar a la presidencia a don Federico Errazuriz, un hombre cuya vida política es por sí sola una garantía segura para la prosperidad del país.

El nuevo presidente de Chile nació en abril de 1825; y después de haber estudiado leyes, comenzó a distinguirse en la política cuando tenía apenas veinte y cuatro años. Diputado en 1849, figuró en el partido liberal, al que no ha dejado de pertenecer hasta el día. Pero en aquella época el partido liberal estaba muy lejos de tener la influencia que ha tenido después en la República. Habiendo caído del poder al cabo de una lucha muy ardua con el partido conservador, el liberal pasó largos años ejercitándose en el fuego incesante de los combates políticos.

Entre tanto don Federico Errazuriz se consagró a su causa con todo el ardor de un buen patriota. Como diputado de oposición en el Congreso y como escritor en la prensa, fué siempre el campeón de los principios liberales.

En 1861, elevaron a la presidencia a don José Joaquín Pérez, y aunque procedía del partido conservador, el señor Pérez inauguró desde luego todas las prácticas de la vida republicana. Las libertades de asociación y de la prensa, la conciliación de los partidos, la tolerancia completa de toda oposición que no traspasara los límites legales, formaron la base de su programa; y como necesitaba hombres del partido que había defendido aquellos principios, no vaciló en llamarlos. Don Federico Errazuriz fué



DON FEDERICO ERRAZURIZ.

Nuevo presidente de la República de Chile.

L. DE B.

Revista española.

Contraste. — La Exposición de Bellas Artes. — Un discurso ministerial. — Reseña de los cuadros mas notables. — Novedades teatrales. — Cartas burlescas á los internacionistas. — Un crimen espantoso. — Recetas para cobrar créditos. — Un episodio que hace reír.

Triste el otoño para los que viven en el campo, es animado y divertido para los que habitan en las ciudades.

Vuelven los viajeros, abren sus puertas los teatros, comienzan las reuniones, los paseos se ven mas frecuentados que de costumbre y todo sonríe.

Este año hemos inaugurado una Exposición de Bellas Artes, y como las empresas de ferro-carriles han abaratado los precios, se ha llenado Madrid de forasteros.

Entre estos figuran numerosos portugueses, y algunas portuguesas, muy bonitas por cierto.

Cada dia se ensancha mas el círculo de amistad entre los que formaron en los siglos pasados una soia nacion.

El gobierno ha querido que los artistas lusitanos sean considerados como los españoles para la adjudicacion de los premios, y gracias á esto hemos podido ver cuadros de pintores portugueses en la Exposición.

Este certámen se inauguró con mucha solemnidad, asistiendo al acto Don Amadeo de Saboya.

El ministro de Fomento leyó un discurso que voy á reproducir para que conozcan mis lectores el espíritu que anima al gobierno, bajo este importante punto de vista.

Dirigiéndose al jefe del Estado, se expresa el señor Montejo en estos términos :

« Señor : Abre por fin sus puertas al público esta morada de breve hospedaje, transitorio asilo donde vienen á reseñar sus obras las artes que llevan, porque lo son, el nombre de Bellas. Construidos apresuradamente estos poco elevados muros, dentro de los cuales en señaladas épocas habrán de ser juzgados y coronados nuestros artistas, parecía ya, por la duracion excesiva del plazo, que solo una vez habia de haber desempeñado este pabellon su honroso destino. Tras la primera exposicion aquí celebrada, vinieron los agitados dias de setiembre de 1868 : y á vista de las violentas luchas de la política, los genios del compás, del cincel y de la paleta se recogieron desalentados á su modesto albergue. Ha llegado el tiempo feliz de convocarlos y ofrecerles aquí los laureles debidos, y los llama un rey nacido en la tierra clásica de las artes, próspero anuncio para los que entre nosotros las cultivan. No entre nosotros solamente : nuestros hermanos, los que ven al Tajo entregar orgulloso al Océano el opulento caudal de sus aguas, concurren tambien al noble certámen, á ser partícipes de gloria con los hijos de España. Es esta la primera vez : ¡ séalo repetidamente muchas en bien de las dos naciones y hermanas !

No corresponde, señor, á quien ha sido como yo largos años defensor y órgano de la ley, hacer aquí el encomio de las Nobles Artes, ponderar su esplendor y su necesidad en la vida del hombre, como en la de los pueblos, ni bosquejar la historia de las nuestras, ni lo que han debido á Italia, que es mucho, ni lo que tienen propiamente suyo, lo cual no es menos, las armonías y disparidades de tendencias y gustos de unas y otras : tarea seria que necesitara, mas que la voz del jurisconsulto, el talento del orador y la imaginacion del poeta : V. M. podrá por sí mismo juzgar mejor : echará fácilmente de ver la escuela de Roma, echará quizá menos la de Venecia, recordará la de Francia y Flandes, y no dejará de advertir como se distingue la que es esencialmente española. Nuestros hechos, gloriosos ó desventurados, gloriosos muchos, en la desventura tambien nuestras costumbres ; la estatua, el retrato, el paisaje, el cuadro, reducido por el buril á escasas dimensiones, y trasladado del lienzo al pincel, la traza del edificio : cuanto es objeto de cada una de las tres Bellas Artes, si no son mas, se ofrecerá á los ojos de V. M. como diciéndole : Esto somos en el pais que os ha llamado al trono : comparadnos con lo que somos en el vuestro, y si hay desventaja para la cuna de Velazquez y de Murillo... á mucho alcanza el querer de un rey... haced cuando menos por igualarnos. Puedo dirigir á V. M. estas palabras, porque su gobierno se las dice á sí mismo.

Sí, señoras : sí, señores, los que me oís. No está ya entre nosotros un artista español, eminente, en el arte de Fidias : el ilustre José Piquer, poco há robado á la gloria de España, tras largos y dolorosos padecimientos. Aquel noble español, aquel generoso artista no se supo despedir del amor, del arte al despedirse de la existencia : tras la de su digna consorte, tras de otra persona de su familia, su herencia pasará á la Academia de Nobles Artes y á la de la lengua, para que premien al mérito desvalido, á la ancianidad artística desamparada.

Obras deja Piquer bastantes para perpetuar su nombre : ninguna de tanto valor como su testamento. No solo en la yerba inmovilidad del sepulcro : en vida tambien pueden rivalizar con él los que se le parecían en amor al arte... y á nuestra patria.

Y á la verdad, señores, despues de la virtud y bajando los ojos ante la fulgente luz de la ciencia ¿ qué hay mas digno del público aprecio, qué mas bello que lo

hermoso en las artes ? Ellas nos presentan vivos los venerandos objetos del culto, los dulcísimos de nuestro cariño al hogar paterno, las realidades que mas respetamos, las idealidades que mas nos deleitan. La morada del hombre necesita, mas ó menos, algo que represente al hombre : las artes le dan la representacion que necesita. Y este ornato de que no se puede prescindir, ¿ de quién lo debe recibir mejor el español que de un hermano suyo, desde las arenas de Oporto á las fragosidades de la Junquera ?

Numeroso es y lucido el actual certámen de ingenio, vivamente ya deseado, laborioso producto de cinco años fecundos en acontecimientos grandes, los mas propios para levantar el espíritu, para dar ensanche á todas las ideas, á todos los pensamientos cuya expresion natural admite belleza. Por esta copiosísima Exposición, la mas rica de nuestros dias, no podrá, sin embargo, contar V. M. el número de todos los artistas de España. En el Real Palacio tiene obras V. M. y las hay dentro y fuera de otros, cuyos autores viven y no han traído ninguna labor de su maestra mano al certámen presente ; pero lejos de imputárselo á culpa, justo es reconocerlo como un mérito mas. No serian acabadamente bellas las artes si fallaran á los que las ejercen dos grandes dotes : bizarría de pundonor y generosa delicadeza. Vienen en cambio aquí los que componen la lozana generacion artística, nueva esperanza lisonjera de la patria que los recibe con júbilo y los recompensará... no como deseara, no como debiera, sino como las circunstancias azarosas del tiempo se lo consienten.

Estas no han de ser perfectamente duraderas. La humanidad al correr la senda que al dedo del omnipotente le tiene trazado, no halla siempre camino llano ; tiene con frecuencia que pugnar con obstáculos, porque la lucha es condicion inseparable de la vida. Pasados los momentos difíciles y allanadas las esperanzas continúa la sociedad su marcha majestuosa entre cantos de gozo, natural expresion de la prosperidad y grandeza. Engalanan entonces el carro del triunfo las Bellas Artes, compañeras inseparables del bien, hermano amantísimo de lo bello. A preparar, á prevenir, á traer cuanto antes estos risueños dias ha de consagrar sus desvelos el gobierno de V. M. para cumplirse sus mas fervorosos anhelos. V. M. por su sangre, por su carácter, por su enseñanza, por deber y por gratitud, ni puede, ni quiere, ni debe desear, ordenar, ni poner en práctica, sino cuanto haya de conducir á la felicidad de una nacion, que habiendo conquistado la plenitud de sus derechos, tiene en ejercerlos bien la seguridad completa de su ventura. »

Así se explicó el señor ministro, haciendo como era de esperar un discurso artístico, y despues de visitar los concurrentes los salones, hubo un refresco y terminó la funcion.

Desde este dia está lleno de curiosos todos los dias el modesto hospedaje de las últimas obras de arte, españolas y portuguesas.

Os diré algo de ellas.

Una Exposición de Bellas Artes debia ser, y será al punto dia un gran acontecimiento.

Los cuadros, las esculturas, los planos y los dibujos, no son nuevos adornos de un salon, no son una distraccion de los ojos y un estímulo de la desocupada curiosidad de un pueblo.

Cada objeto artístico es el producto que un alma saca de su contacto con otras almas : es un rasgo de la fisiología social que ha quedado en el objetivo de un artista.

Que vayan en buen hora á ver figuras y colores los que quieran ; pero allí ha de haber algo mas ; allí debe encontrarse el espíritu de un pueblo, las huellas de una época, el resumen del movimiento intelectual del mundo.

En este órden de ideas, la Exposición de Bellas Artes abierta al público en Madrid, es en conjunto una imagen de la situacion que ofrece España.

Allí hay algo bueno, mucho mediano, mucho malo ; y aquellos cuadros y aquellas esculturas presentan el confuso tropel de ideas que dominan en nuestra sociedad.

Falta la unidad de pensamiento, la unidad de tendencias y por lo mismo la variedad sin unidad.

Es una colección de cuerpos sin alma.

Entre pinturas, esculturas, grabados, litografías, dibujos, planos arquitectónicos, etc., aparecen 689 objetos.

Os indicaré á la ligera los mas notables.

La *Urraca de Cintra*, es un cuadro del pintor portugués Bordallo Pinheiro. Su asunto está tomado de una leyenda. Paseando el rey Don Juan I de Portugal con la reina y sus damas por los jardines de Cintra, se quedó detrás de todos y cogiendo una rosa la ofreció á la dama de la reina Doña Mencía. Una urraca que hablaba mucho y era muy querida de la dama, le arrancó con el pico la flor y Doña Mencía dió un grito llamando la atencion de la reina que quiso enterarse de lo que habia ocurrido.

El rey para dejar á salvo el honor de la dama dijo : — *Por bien*, la intencion fué buena.

La urraca soltó la rosa y voló repitiendo la frase : *Por bien*.

El rey mandó construir una sala en Cintra, que conmemora este suceso.

La *muerte del conde de Villamediana*, de Castellano, los paisajes de Cristino y de Ocon, el *Viático de San José de Calasanz*, de Domenech, el *Don Juan de Lanuza*, de Elorriaga, antes de partir al cadalso, el *Cárlos V en Yuste*, y el *Gil Blas en casa del arzobispo*

de Granada, de Garay ; el *Rescate de Francisco I*, Garcia Martinez, los retratos de Gisbert, el *Marqués de Bedmar ante el Senado de Venecia*, de Navarrete, los cuadros de Rosales, Palmaroli, la *Junta de Cádiz en 1810*, de don Ramon Rodriguez, los cuadritos de género de Sans, Perez Rubio, Ferrandiz y otros, atesoran bellezas y demuestran verdadera inspiracion en sus autores.

Diré algo mas extenso de los cuadros de Rosales, de Palmaroli y del de Espalter, titulado : *La Era Cristiana*.

El cuadro del primero, la *Muerte de Lucrecia*, está tomado de esta narracion de Tito Livio :

« Lucrecia mandó llamar á su padre Lucrecio y á su esposo Colatino, para que viniesen con todos sus amigos, porque habia acaecido un suceso muy grave : llegados á Colacia con Valerio y con Bruto, el cual se fingia loco por temor de Tarquino, Lucrecia exclamó con los ojos hinchados de lágrimas : Pisadas de varon ajeno se hallan sobre tu lecho, Colatino, mas solo el cuerpo fué mancillado, no el corazon, y de esto será buena prueba mi muerte ; libre como estoy de pecado, no quiero librarme de castigo para que ninguna romana no casta, viva con el ejemplo de Lucrecia. Y diciendo esto sacó un cuchillo que tenia oculto bajo el manto y metióselo en el corazon. Marido y padre prorrumpieron entonces en tristes quejas, mientras que Bruto, arrancando el cuchillo de la herida levantóle á los Dioses y dijo : « Juro por esta sangre castísima, que la injuria hecha por el hijo del rey, recibirá su merecido. »

El segundo, del mismo autor *Doña Blanca de Navarra entregada al Capal de Buch*, tomado de los Anales de Navarra, representa una escena interesante :

« Doña Blanca de Navarra, víctima de la mala voluntad y de los manejos políticos de su padre, Don Juan II de Navarra y Aragon, que se propuso desheredarla por favorecer á su segunda hija Doña Leonor de Fóx, fué conducida á Francia por órden de su padre, que la puso en poder de Mosen Pierres de Peralta. Este la arrancó brutalmente de su misma casa y de sus estados, y rodeada de guardias, la entregó en la Villa de Pie de Puerto al Capal de Buch, quien la llevó al castillo de Orter, en Francia, donde murió envenenada, dícese que por una dama de su desnaturalizada hermana Doña Leonor. »

El cuadro de Palmaroli de grandes dimensiones, representa un episodio de la continuacion de los fusilamientos por los franceses en la madrugada del dia 3 de mayo, en la montaña del Príncipe Pio.

Cuenta la historia que el dia 3 de mayo de 1808, amaneció lluvioso y frío.

El viento del Guadarrama soplabá con su acostumbrada impetuosidad.

Muy temprano, asesinaron los franceses á cuarenta y tres personas, y sus parientes desolados, poseídos de un inmenso dolor les dieron sepultura.

La situacion está admirablemente sentada en el cuadro de Palmaroli.

En primer término aparecen dos cadáveres rígidos. Un hombre, quizás pariente suyo, los contempla apoyado en un azadon. En el otro extremo hay una escena desgarradora.

Tres mujeres, quizás la esposa, la madre y la hija de un infeliz que yace atravesado por las balas, expresan su desesperacion de una manera altamente patética.

Todo contribuye á hacer del cuadro una obra inspiradísima.

El cuadro del señor Espalter, se titula, como he dicho antes, *la Era Cristiana*.

« Está representada por una jóven modesta y sencilla que trae el libro de los Evangelios y en ademán de predicar la nueva doctrina. Detrás de ella viene la *Fe* cubierta con un manto blanco, sosteniendo y alentando á una jóven contrita. Al lado de la *Fe* está la *Caridad*, jóven robusta con un niño de pecho en los brazos y otro mas crecido de la mano, que se cubre con su manto, sirviendo de guia á un pobre anciano que se apoya en su hombro. A la izquierda de la *Caridad* está la *Esperanza*, que solcita consuela á una pobre andrajosa, prometiéndole en el otro mundo la recompensa de los trabajos y miserias de este. Dos figuras, la de un magante y la de un plebeyo abrazándose, representan la *Fraternidad*. Detrás de la *Fe* se ve á una madre ó una viuda que ha perdido alguna persona querida y que goza del consuelo que recibe de la religion. Dos jóvenes esposos representan la santidad del matrimonio, la jóven está rebosando de gozo al verse elevada á su compañera, de esclava que antes era del hombre ; un negro expresa la alegría y gratitud que le inspira una religion que le considera igual á los demás hombres. En un campo, sobre una colina, se descubre á un hombre labrando la tierra para manifestar que la nueva religion ennoblece el trabajo. En el centro del cuadro el jóven que está con una rodilla en tierra representa un esclavo que se acoge con gozo á la nueva doctrina sintiendo germinar en su pecho los sentimientos nobles y generosos que ella inspira. El emperador, que está detrás y que mira ceñudo á la *Nueva Era* en actitud de oponerse á ella, representa la *Soberbia*. La matrona que está á su lado, la *Envidia* ; á la izquierda de esta hay un jóven patriótico que acude á la voz de la religion desoyendo la de su compañera que se esfuerza en detenerle. En el primer término una doncella, que se entretenia en hacer guirnaldas de flores, vuelve la cabeza, iluminada por la religion y escucha admirada y con el mayor interés las palabras de la *Nueva Era*, mientras que un personaje, en cuyo semblante se ve pintado el vicio, intenta seducirla ofreciéndole joyas que ella rehusa ; este personaje representa la *Lujuria* ; detrás de él, en segundo térmi-

no, un *avaro* huye de la religion, cerrando los oídos á la suplicante voz de una muchacha pobre que le pide limosna; mas lejos se ve, sentada en el suelo á otra pobre mujer de rostro demacrado, cuyo hijo le señala la *Nueva Era*, invitándola á ir hacia ella como presintiendo los beneficios que de la misma deben prometerse. Mas lejos en un camino llano se descubre, recostada muellemente en un carro lujoso tirado por dos caballos, á una matrona, rodeada de esclavas, que procuran proporcionarle toda clase de goces materiales, representa la *Pereza*. Dos estóicos parecen mirar con desprecio el lujo que ostenta esa matrona. Sobre una altura, bajo una columnata, se descubren varios grupos de personas, las mas entregándose á la orgía, que representan la *Gula*, mientras que otras, ya hartas, se recrean con el espectáculo de una lucha de atletas, animándoles con sus gestos y sus dones; estos combatientes representan la *Ira*. Mas lejos, debajo de un grupo de árboles, se representa una bacanal al rededor de la estatua del dios Baco. En el fondo se descubre un circo, donde tantos cristianos habian de morir. En el cielo, que está nublado, aparece el arco iris, símbolo de la paz, y del lado de donde viene la *Era Cristiana*, las nubes se disipan y empieza á descubrirse el cielo. »

Basta de Exposicion: hablemos de las novedades teatrales.

En el Teatro Español, se ha estrenado una comedia de Blasco.

Los dulces de la boda, que así se titula, es un manjar de fácil digestion, como si dijéramos un caramelo. Todo es sencillo y trivial en la obra: un capitán que se enamora de una viudita joven. Otro capitán atolondrado que llega á Granada desde Madrid en busca de su novia, que es sobrina de la viuda: un tío del primero que quiere casarle con la prometida del segundo; la apuesta entre tío y sobrino de una libra de dulces á que la futura es coqueta; un pretexto para entrar en la casa, y por último el casamiento del capitán número uno con la viudita, y el del número segundo con la sobrina. A esto se reduce la fábula: los adornos son tambien ligeros, género económico y de apariencia.

Si no hubiera sido por Pepita Hijosa, que cada día gana en inspiracion y maestría, la comedia hubiera sido flor de una noche.

En cambio los *Niños grandes*, si no es como obra dramática un modelo para los críticos severos, para nosotros, que formamos parte del público, es un cuadro admirable de los defectos de la generacion actual.

¡Qué observacion, qué tino y qué latigazos á la vanidad!

Los caracteres serán vulgares; pero son reales y positivos, viven, y muchos espectadores creen estar mirándose al espejo.

Las situaciones serán nimias, pero eso prueba que el verdadero autor dramático debe tener por ojos microscopios, y presentar al público los gérmenes de desdicha que encierran las cosas mas insignificantes.

Si nos han de adular los poetas, si nos han de ocultar la verdad, si nos han de adornar con flores el borde de los precipicios, ¡triste mision la del arte!

Su vida equivaldría á la de esos parásitos que desempeñan en los salones y en los palacios el papel de muebles de adorno ó acompañamiento.

Los *Niños grandes*, de Gaspar, es la comedia de Aristófanes, la de Moliere, y la de Moratin, vestida por el último figurin de 1874; y los que murmuran de ella es porque les escuecen los latigazos de aquella pluma, que sin aspirar á ser trascendental, sabe ofrecer lo feo de los vicios al lado de las mas puras bellezas del alma.

De buen grado os contaría el argumento de la obra, ¡pero es tan sencillito! Redúcese á un hijo que quiere una medalla y no se la dan, y á un padre que quiere una condecoracion, y tampoco la alcanza. Este deseo, chocando con las preocupaciones sociales del día, produce una serie de creencias de una verdad que hace asomar la risa á los labios, y al mismo tiempo estremecer el corazón.

Los hombres son niños grandes, incurren en los mismos defectos; y al corregir á aquellos, no ven que sus lecciones les cogen de medio á medio.

Este es el pensamiento capital.

Pero Gaspar ha hecho mas: ha enseñado á esos padres que educan á sus hijos á la moderna, es decir, hablando de todo delante de ellos, dejando á la casualidad que forme su corazón: les ha enseñado, repito, lo que pueden prometerse de tan culpable abandono.

Los actores desempeñan muy bien esta comedia, y los niños, cinco lo menos, que hablan, prometen ser excelentes artistas.

Todas las noches llama el público al autor, pero no puede salir, porque ese joven, que ha iniciado una saludable reaccion en la escena, que vivirá en la posteridad cerca de los pocos que quedan, está desempeñando un empleo del gobierno fuera de España para atender á sus necesidades.

No he visto la zarzuela de Larra, que con el título de *Justos por pecadores*, se ha estrenado en la Zarzuela, pero os contaré el argumento de dos en un acto que se han representado en el mismo teatro.

Titúlase una de ellas *Don Pacífico*, y ha sido escrita por don Antonio María Segovia.

Un militar encuentra un niño abandonado, y sin poder enterarse de su sexo lo entrega á un preceptor, que es don Pacífico, y parte á Cuba.

Desde allí escribe en la suposicion de que el huérfano es niño y exige al preceptor que le eduque y le cuido con el mayor esmero.

Pero el niño es niña, y don Pacífico por evitar dis-

gustos al protector le hace creer que pertenece al sexo feo.

El militar torna, la niña que sabe que es su protector está enamorada de él, pero se presenta á sus ojos vestida de hombre, y el descubrimiento de la verdad y el amor entre protector y protegida completan el embrollo.

La otra zarzuela de Pina, titulada: *el Hombre es débil*, pasa en una cocina entre un amo á quien agrada su cocinera mas de lo regular. Al fin la casa con un criado, venciendo la tentacion que sobre él ejercen los ojos de la mozueta.

El verdadero acontecimiento ha sido la representacion en el Teatro Español de la *Beltraneja*, magnífico drama de Retés y de Echevarria.

La accion tiene lugar en el reinado de Don Enrique IV el *Impotente*.

La princesa Doña Juana, llamada la *Beltraneja*, ha dejado nacer en su pecho una pasion voraz por don Lope de Alburquerque, duque de Molina, de quien ignora que es hermana; este á su vez ama á una de Rodrigo Cota, llamada Serafina, de quien es correspondido, aunque la joven no conoce la elevada gerarquía de su amante, que se ha fingido tejedor.

Una fatal circunstancia hace que estas relaciones sean descubiertas por Rodrigo, y el ofendido hermano se dirige en demanda de justicia á la princesa, la que, colocada entre su amor y su conciencia, promete hacérsela cumplida. Mas, desconocedora de las prácticas de buena justicia, y alevosamente aconsejada por el marqués de Villena, cree compensar á aquel dándole el señorío de unas tierras.

Rodrigo se indigna; promete vengar aquel nuevo agravio, y uniéndose al marqués de Santillana, trabaja en favor de la infanta Isabel y descubre á Doña Juana que es hermana de don Lope.

Así termina el acto segundo.

Convéncese en el tercero la princesa de que su pasion es criminal, lo cual no se conoce nunca hasta despues; hace que don Lope se case con Serafina, y, vencida por la traicion, renuncia á la lucha en el momento en que, triunfante y aclamada, entra en Segovia la infanta Isabel.

Los autores han vencido con la magia de la poesia y la belleza del sentimiento, el mayor obstáculo de su obra, hacer simpática en extremo á la desdichada hija de la reina y de Beltran de la Cueva.

Para dar una idea del mérito práctico del drama, citaré dos fragmentos.

Oid como el duque de Molina refiere á Rodrigo Cota cuándo conoció á Serafina y la pasion que le inspiró.

« Bella, garrida, lozana,
Como la rosa gentil,
Cual la azucena galana,
Ví en el campo á vuestra hermana
En una tarde de abril.
Sus ojos deslumbradores
Luz eran de monte y prados,
Para su boca de amores
Su perfume regalado
Robaba el viento á las flores,
Lleno de asombro quedé;
Quise hablar y enmudecí;
Á mirarla fui y cegué;
¡Cómo deciros podré
Lo que en el alma sentí!
Mi poderoso albedrío,
Ni vencido, ni domado,
Sintió su arrogante brio
Por el tierno poderío
Del amor aprisionado.
La lucha quise emprender;
Intentarlo fué locura;
¿Cómo luchar y vencer,
Cuando pierden el poder
De su divina hermosura,
De su boca á los olores,
De su vista á las centellas,
Trinos, aroma y fulgores,
Los pájaros y las flores
Y la luna y las estrellas? »

¡Qué hermosas quintillas!
No son menos bellos y sentidos los siguientes versos con que la *Beltraneja* en su espléndido palacio expresa las amarguras de su corazón.

Dice así:

« Miro esa florida sesma
Y esa risueña campaña
Que con blando rumor baña
El agua del manso Eresma;
Y cuando el rojo arrebol
Declina lánguidamente,
Y en el oscuro Poniente
Hunde sus rayos el sol,
Veo que por las galanas

Praderas llenas de flores
Se vuelven los labradores
De las campiñas lejanas.
Brotó la alegre cancion
De su labio tosco y duro
Al dar vista al pardo muro
De su sencilla mansion.
Al eco que en las cercanas
Cumbres desparrama el viento,
Dejan su pobre aposento
Las esposas segovianas;
Y del cielo bajo el manto
Azul, sosegado y puro,
Ambos comen un pan duro,
Mas lleno de amor y encanto,
Lleno de delicia y calma;
Sin que anublen aquel cielo
Ni las sombras del recelo,
Ni los pesares del alma.
¡Cuántas veces mi dolor,
Desde el alfeizar dorado,
Con lágrimas ha envidiado
Aquel pan y aquel amor!

En el *Teatro de la Alhambra* tenemos al gran actor italiano Mayeroni, á quien acompaña la inspirada artista señorita Pasquali.

No es posible que nadie les aventaje en la interpretacion de la *Dama de las Camelias* de Dumas hijo, y la *Calumnia* de Scribe.

¡Qué artistas!

Oyéndolos y viéndolos se olvida uno de las miserias en que vive.

Y no son pocas.

Figuraos, queridos lectores, que desde hace quince dias no se ocupa el Congreso español mas que de hacer la historia y discutir las tendencias de la *Internacional*.

Estamos ya de emancipacion, de petróleo y de razon natural hasta arriba.

En honor de la verdad, la *Internacional* en España es temible, pero no tanto como quieren hacer creer algunos.

No hay aquí grandes agrupaciones de obreros, el pueblo tiene mas corazón que cabeza, y si vamos á quejarnos, pocos habrá que no presenten su capítulo de agravios.

Por eso han producido mucho efecto las siguientes cartas cómico-sérias que el popular Frontaura ha dado á luz.

« Señores de la Federacion española.

Muy señores míos: He leído el extracto de la sesion, ó cosa así, que celebraron Vds. el otro día en los Campos Elíseos, en la cual tronaron Vds. contra la clase media, doliéndose al propio tiempo de la suerte que á ustedes les ha cabido. Quéjense Vds. de que tienen que trabajar, y parece como que desean para sí la suerte de los que pertenecemos á la clase media.

Para si alguno de Vds. quiere la mia, se la diré en breves palabras. Toda mi vida he estado trabajando en la enseñanza de los niños, y cuando en mejor posicion he estado apenas he tenido lo suficiente para vivir. Hoy sigo trabajando y no tengo que comer, porque no me pagan, y cuando dentro de pocos años me quede ciego, que ya voy perdiendo la vista, no tengo mas esperanza que el hospital. No por esto me quejo de la sociedad, ni reniego de Dios, ni quiero casarme, pongo por caso, como se casan los perros. Díganme Vds. ahora si no podia ya haberme proporcionado mas tranquila y holgada existencia siendo carpintero, ó cajista, ó sastre ó zapatero. Mucho siento no poder cambiar mi suerte con la de algunos de los que mas se quejan.

Sin otra cosa, Vds. manden lo que gusten á este maestro de escuela, que es su atento seguro servidor. — Cosme Quisvelqui.

Señores internacionalistas: Muy señores míos: Por Dios que me están Vds. haciendo mucha gracia con sus lamentos y sus pretensiones. ¿Con que los que pertenecemos á la clase media, como los que pertenecen á la clase alta, somos unos bribones? ¡Vaya! que me parece que Vds. han almorzado muy fuerte. Hablan ustedes de la vida regalona que nos damos. Pues ¡maldito sea el demonio! vengan Vds. á mi casa y verán qué vida me doy con 7.000 reales de sueldo que tengo despues de veinte años de servicios y ocho de cesantías, y treinta y dos traslaciones. ¿Saben Vds. lo que yo tengo? deudas, y bien arrepentido estoy de no haberme dedicado á ebanista, ó cosa así, y puede que á estas horas tuviera yo un establecimiento y me estuviera riendo del mundo. Ahora solo puedo reirme de Vds. y de mí. Vaya, aliviarse. — Pedro Sudantina.

A los socios de la *Internacional*. Hermanos míos: Yo soy uno de esos monstruos horribles que vosotros abomináis y queréis destruir; yo soy un sacerdote de la religion católica, apostólica romana, un hijo humilde del Santo Padre de los fieles, á quien vosotros odiais porque no le conocéis, y que ha sufrido y sufre mas amarguras que todos vosotros juntos habeis sufrido nunca. Yo tenía fortuna, que mis padres me dejaron: si queréis saber dónde está esa fortuna, preguntad en los pueblos donde he sido párroco, y los pobres os darán razon de ella; no me alabo yo por haberla repartido entre ellos, os lo digo para que sepais que un sacerdote

sabe cumplir con su deber. ¿Os quejais de que vuestro trabajo está poco retribuido? Pues yo trabajo sin retribucion, porque el gobierno no puede ó no quiere pagármela, y por muy contento me daría si pudiera contar con los seis reales que gana un infimo trabajador, y aun si los tuviera, algo me quedaria para dar á los pobres. Vosotros me aborreceis; yo os amo: vosotros queréis que desaparezcamos de la sociedad los de mi clase; nosotros daríamos nuestra vida por vosotros, y ¡cuántos la han sacrificado cuando los vuestros en la hora postrera los llamaban para consuelo y bien de su alma en los tristes dias de peste ó guerra! ¿Creeis que nuestra vida es cómoda y holgada?

Limosna pedimos muchos de nosotros, y otros van á trabajar en las faenas del campo, humildes y tranquilos. Dios os bendiga y os traiga á buen camino, como lo desea vuestro servidor y capellan, Antonio.»

La verdad es que los propagadores de ciertas ideas hacen mas daño que bien al pueblo. Quitándole todo sentimiento religioso, le arman contra las clases que pueden favorecerle, y le impulsan á

la venganza. Mejor harian en obligar á los capitalistas á ser justos, á no esquilmar tanto á los trabajadores. Reconciliándolos y colocándolos en el terreno de la equidad, conseguirian mejores resultados. Por el camino que los guian, los llevan á la perdicion.

desplegados por el señor vizconde de San Javier, ha sido ya la causa elevada á plenario, podemos publicar un extracto del sumario, que juzgamos será visto con interés por nuestros lectores. Once años hacia que A... T... y A... G..., viuda de A... P..., vivian amancebados en el piso segundo de la

La falta de religion impulsa al hombre á los mayores crímenes.

Uno espantoso acaba de descubrirse en Barcelona, y tanto ha preocupado la atencion, que quiero referiroslo.

A principios de setiembre se encontró en el ensanche de Barcelona junto al convento de Arrepentidas el cadáver de una joven sin piernas ni brazos. La cara estaba desfigurada y todo indicaba que habia sido victima de una muerte violenta. A los dos dias fueron encontrados en un cañaveral los miembros que faltaban al cadáver.

La noticia de este crimen, las circunstancias en que se perpetró, el carácter de los autores y de la victima, fueron durante algunos dias, como sucede siempre en tales casos, objeto de general conversacion en el vecindario, que condenaba indignado tamaña atrocidad. Hoy que, gracias al celo y actividad



FRANCIA PINTOESCA. — El castillo de Santa Severa.

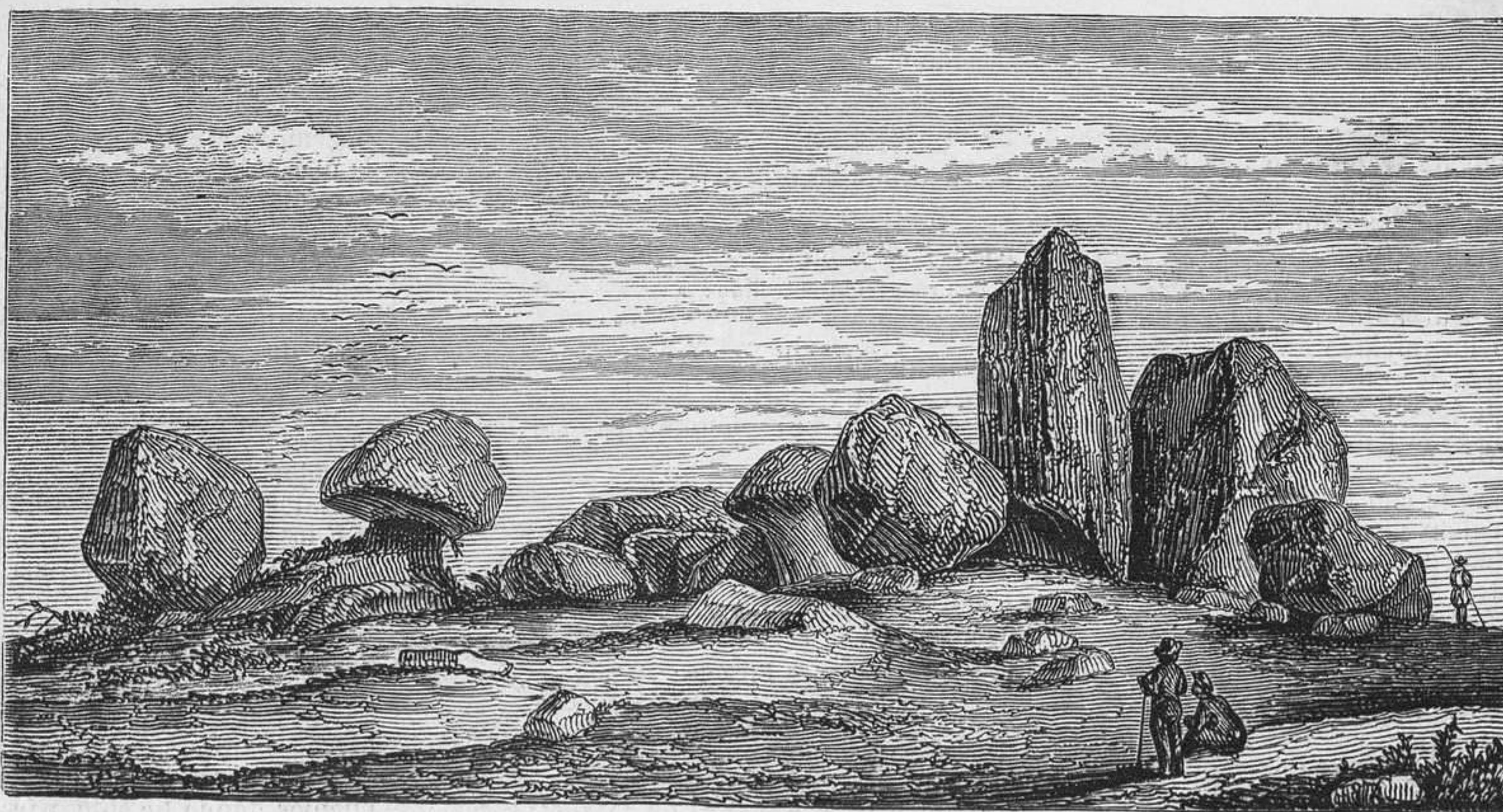


Personajes de una tapicería del castillo de Boussac.

casa núm. 23 de la calle de la Aurora de esta ciudad. En compañía de ambos, vivian cuatro hijas de la viuda y dos sugetos mas con dos hijos.

La hija mayor de las cuatro, llamada Engracia P..., tenia diez y nueve años. Dotada de un carácter, en extremo afable, pasaba una vida de mártir, ante el espectáculo que su madre y el amante daban á sus hermanas menores.

Llegó pues á tal colmo la desesperacion de Engracia, que no pudo comprimir por mas tiempo sus sentimientos, y echando en cara á la madre y al amante sus excesos, y el mal ejemplo que daban al resto de la familia, condenó



Las piedras Jomatres.

con energía su conducta. El amante irritado, desde entonces solo trataba de tomar cruel venganza de aquella pobre joven.

Cierto dia, Engracia reiteró sus recriminaciones, y el amante arremetió contra ella, dándole un golpe con una llave, que le hizo saltar dos dientes. Indignada Engracia, no cesó por esto en sus censuras; antes por el contrario, las acentuó mas y mas.

— Esto no se puede aguantar, dijo una vez el amante á su manceba. Es preciso deshacerenos de ella.

Desde aquel dia concibieron ambos la infame idea de matar á Engracia.

— Dispon de cuanto tengo, dijo la madre,

con tal de que lo realices. Y entregó á su cómplice dos pesetas que tenia, para que se proveyera de un cuchillo y unas tijeras que debian ser los auxiliares del crimen.

Pasaron dias y mas dias sin que se presentara una ocasion propicia, por lo cual convinieron en que el dia de San Jaime (23 de julio) el amante saldria con su víctima, tomando pasaje en el ferrocarril de Tarragona, pretextando un viaje á Reus; y que al hallarse á alguna distancia de esta capital bajarían del tren en una estacion poco concurrida, conduciría á Engracia á un lugar solitario y la asesinaría á puñaladas.

Este proyecto no pudo llevarse á cabo, por causas ajenas á su voluntad.

Llegó la noche del 7 de setiembre. Una de las hijas menores habia encontrado casualmente una peseta en la calle de Amalia cuando se dirigia á trabajar, é invitó á su madre, al amante y demás inquilinos á ver la funcion que aquella noche se daba en el teatro Talía.

Engracia, por hallarse algo indispuesta, tuvo que permanecer en cama. En vista de tan propicia ocasion, decidieron llevar á cabo su horrible plan. Al efecto, cuando se dirigian al teatro, pretextó el amante que debia asistir á una junta y que al salir de la misma se reuniría con ellos en Talía.

No habria trascurrido media hora desde que salieron todos de la habitacion, cuando se presentó en ella A... T... Entró en el cuarto en que dormia la jóven Engracia, y siguiendo el consejo de su cómplice trató de hacerla tragar una pocion de ácido sulfúrico.

No teniendo, sin embargo, valor para abrirle la boca, se lo arrojó en la cara.

Despertó sobresaltada Engracia, se echó fuera de la cama y abalanzándose al agresor, le arrebató el cuchillo de que iba armado, in-



Emilia Dubois, de la Comedia Francesa.

firiéndole algunas heridas. Pero el asesino se armó de nuevo con unas tijeras, hiriendo con ellas á su víctima en la cabeza repetidas veces, hasta que cayó esta gritando ¡auxilio, auxilio!

Por desgracia, nadie acudió á librarla de las manos de aquella furia.

Viendo la infeliz Engracia que eran inútiles sus clamores, trató de ablandar el corazon de aquel infame. Lloró, suplicó, se abrazó á sus rodillas, pidió por compasion que la dejase, prometió abandonar la casa para siempre, pero todo fué en vano.

El asesino, con la sonrisa en los labios, levantó un hacha y asestó á su víctima cuatro golpes en la cabeza, dejándola cadáver.

Cerró el cuarto y se dirigió á Talía, refiriendo minuciosamente á su manceba el crimen.

La madre de Engracia, si madre puede llamarse, en vez de derramar una lágrima por su desgraciada hija, discurrió con su amante el medio de sacar el cadáver de la habitacion con todo el sigilo posible para burlar la accion de los tribunales.

Trece dias estuvo el cadáver de Engracia en su cuarto dormitorio, al cabo de los cuales, á instancia de la madre, el asesino le cortó un brazo y las piernas con el hacha, metió estos miembros dentro de un saco y fué á depositarlos en un cañaveral inmediato al ferrocarril de Mataró.

Al dia siguiente á las nueve de la mañana fué extraido el tronco, envuelto tambien en un saco y depositado al pié de una pared del convento de Arrepentidas, en el Ensanche.

Allí compareció la madre de la víctima provista de virutas y astillas, ensenall y teas, que compró al intento.

El asesino prendió fuego al combustible, mientras la madre vigilaba en todas direcciones.

Este relato eriza los cabellos, y



BARCELONA. — Los patinadores marítimos.

para quitaros la dolorosa impresion que habrá dejado en vuestra alma voy á contaros un suceso muy chistoso y á daros cuenta de un epitafio que de seguro os hará reir.

Hé aquí el suceso: Cierta sugeto, que es un gran trapisondista, se mandó hacer hace seis meses una dentadura completa y no se la pagaba al dentista, por mas reclamaciones que este hacia.

El dentista le escribió lo siguiente hace cuatro dias.

«Muy señor mio: Envio á Vd. copia del anuncio que publicará mañana la *Correspondencia* si no me paga usted hoy la cuenta pendiente. De Vd. afectísimo, etc.»

El anuncio estaba concebido en estos términos:

«Se vende una magnífica dentadura en precio arreglado. Puede verse en la boca de don Fulano de Tal, á quien se hallará todos los dias en su casa, calle de tal, ó por las noches en el café de la Iberia ó en la Carrera de San Gerónimo, delante de casa de Lhardy.»

El dentista ha cobrado.

Hé aquí el epitafio que existe en un cementerio de una ciudad próxima á Madrid.

«Aquí yace don Juan Perez, buen padre, buen hijo, buen esposo. — R. I. P.

Nota. — No confundirlo con su hermano menor, del mismo nombre, que está en Ceuta, en presidio.»

Hasta en la mansion de los muertos hace reir la necesidad humana.

JULIO NOMBELA.

Madrid 31 de octubre de 1871.

El Berry y la Marche.

El Berry no se juzga bien á primera vista y sobre todo en sus llanos verdes y tristes, de Vierzon á Chateauroux, á Issoudun ó á Bourges. Hacia La Châtre es donde ofrece estilo y colorido; y hacia sus límites con la Marche es donde verdaderamente tiene atractivos.

Subiendo el Indre hasta las alturas en donde nace, se llega á Santa Severa, antiguo pueblo edificado en precipicio sobre la rápida vertiente por cuyo fondo corre el rio. Hasta nuestros dias era casi heroico bajar la calle principal y atravesar el vado; ahora todo es fácil.

Santa Severa es célebre en los anales del Berry y de la Francia; es la última plaza de guerra que se arrancó á los ingleses en el territorio francés. Allí sostuvieron un terrible asalto en el cual el valeroso Duguesclin, ayudado por sus buenos hombres de armas, les batió en brecha con tal furor que tuvieron que rendirse y evacuar la fortaleza, la que eleva todavía sus ruinas formidables y el esqueleto de su torreón en una escarpada ruina.

Durante largo tiempo se ha conservado en la iglesia de Santa Severa el último estandarte arrancado á los ingleses. No lejos de Santa Severa se entra por Boussac en el departamento del Creuse; pero hasta Roul-Sainte-Croix, cuatro leguas mas allá, en la elevada arista de las colinas que forman como un límite natural á las dos provincias del Berry y de la Marche, se está todavía en el antiguo territorio *berruyer*. Los aldeanos hablan casi todos la lengua de *oc* y la lengua de *oil* y la tierra parece la misma.

Boussac es un precipicio aun mas acusado que Santa Severa. El castillo está situado en los peñascos perpendiculares de las orillas del Creuse. Este castillo, muy bien conservado, es un precioso monumento de la edad media, y contiene tapicerías que merecerían la atención de un anticuario.

Ignoro si algun indígena se ha tomado el trabajo de descubrir lo que representan ó significan esas notables obras, largo tiempo abandonadas á los ratones y que por fin restauraron en Aubusson con un completo éxito. En los ocho grandes cuadros trazados en dos vastos salones, se ve el retrato de una mujer, siempre la misma, joven, delgada, alta, rubia y bonita, vestida con ocho trajes diferentes, todos segun las modas de fines del siglo XV. Quizás es la mejor coleccion de aquellas modas que hay en Francia; traje de mañana, traje de caza, traje de baile, traje de corte, etc. Los detalles mas minuciosos están indicados. Es la vida de una gran señora elegante de aquella época. Estos tapices son tambien una obra de pintura muy preciosa.

Las tapicerías de que nos ocupamos atestiguan una habilidad suma en la fabricacion y un gusto esmerado, juntos con un gran saber en el artista que trazó el dibujo y señaló los colores. Los pliegues, el mate y el lustre de las telas, el estilo en el corte de los vestidos, el brillo en las pedrerías, y hasta la transparencia de la gasa, todo expresado con una conciencia y una facilidad de que no han triunfado las injurias del tiempo y el abandono.

En muchos de esos cuadros, una niña tan empaquetada en sus vestidos, como la señora vestida mas sencillamente, pero quizás con mejor gusto todavía, aparece á su lado, aquí el jarro y la jofaina de oro, allí un cestito de flores ó de joyas, allá el pajarillo favorito. En uno de esos cuadros la hermosa dama está sentada y acaricia con cada mano grandes unicornios blancos. En otro los unicornios en pié tienen al lado lanzas con estandartes. En otro la dama se ostenta en un magnífico

trono y hay algo de asiático en los adornos de su dosel y de su aderezo.

Pero hé aquí una particularidad que ha dado margen á muchos comentarios: la media luna aparece con profusion en los estandartes, en la madera azul de las lanzas, en las cortinas y en todos los accesorios del retrato. El unicornio y la media luna son los gigantescos atributos de esa criatura delicada.

La tradicion es la siguiente:

Se dice que esas tapicerías provienen de la torre de Bourgneuf en donde adornaban el aposento del desdichado Zizime, quien las regaló al señor de Boussac, Pedro de Aubusson, cuando dejó la cárcel para ir á morir envenenado. Durante largo tiempo se creyó que esas tapicerías eran turcas; pero despues se reconoció que habian sido fabricadas en Aubusson. Dicen unos que el retrato de la dama es el de una adorada esclava de la que Zizime tuvo que separarse cuando huyó á Rodas; en tanto que otros creen que es la imágen de una señora de Blanchefort, sobrina de Pedro de Aubusson que inspiró á Zizime un amor ardiente; pero que fracasó en la tentativa de convertir al héroe musulman al cristianismo.

Esta última version es aceptable y hé aquí cómo podría explicarse el hecho: las tapicerías en cuestion, en vez de haber sido traídas de Oriente y legadas por Zizime á Pedro de Aubusson, habian sido fabricadas en Aubusson por orden de este último y regaladas á Zizime para adornar las paredes de su cárcel, pasando luego al castillo de Boussac como una herencia natural.

Si no temiera cansar la paciencia del lector, le diria todo lo que yo veo en la presencia de los unicornios (símbolos de la virginidad) mas ó menos cerca de la figura principal. La dama guardada primeramente por esos dos terribles animales, se va colocando poco á poco bajo su defensa, á medida que ellos traen la media luna y el pabellon turco. ¿El jarro y la jofaina no están destinados al bautismo que el infiel recibirá de sus blancas manos? Y cuando se siente en el trono con una especie de turbante real en la frente, ¿no es la promesa de himeneo, la prenda del apoyo que ofrecian á Zizime para que recobrara su trono si abrazaba el cristianismo, si consentia en marchar contra los turcos á la cabeza de un ejército cristiano? Quizás tambien esa beldad es la personificación de la Francia.

Sin embargo, es un retrato, siempre el mismo, á pesar de sus diversas actitudes y de sus diversos ropajes. Ahora que estoy en la pista de la explicacion, no pediria mas que un cuarto de hora de exámen para encontrar en el comentario de los detalles una solucion no menos absurda que la que podría esperarse del anticuario mas competente.

Con efecto, la media luna no tiene nada de esencialmente turco, pues se encuentra en los escudos de una porcion de familias nobles de Francia. La familia de los Villelune, hoy extinguida, y que ha poseido muchos feudos en el Berry, tenia medias lunas por blason.

A dos leguas de Boussac al través de los senderos de arena sembrados de rocas, se llega á las piedras Jomathes, ó *Jomath*, como dicen los sabios, ó *Jomares* como dicen los aldeanos. Es un verdadero cromlech galo que se visita siempre con interés. El lugar es austero, descubierto, é imponente bajo un cielo vasto, en el seno de una naturaleza pálida y pelada que ofrece un gran carácter de soledad y de tristeza.

G.

Emilia Dubois,

DE LA COMEDIA FRANCESA.

Damos el retrato de la señorita Emilia Dubois, artista del Teatro Francés, joven y aplaudida por todo París, que ha muerto en Berna en el momento en que fundaba las mejores esperanzas en su porvenir. Así lo ha querido la suerte. Emilia Dubois dejará en la memoria mas de una creacion importante. Despues de haberse dado á conocer en *Lady Tartuffe*, de madama Emilia de Girardin, interpretó siempre con talento unas veinte comedias modernas, haciéndose aplaudir sobre todo en la *Joie fait peur*. Su muerte ha sido un luto para todos los que se interesan en el arte dramático.

F. A.

Los patinadores marítimos

DE BARCELONA.

Las fiestas náuticas de Barcelona ofrecen una particularidad digna de ser notada: nos referimos á los patinadores marítimos.

En unos barquichuelos muy ligeros que maniobran con los piés, y con unos remos como los que usan los indígenas de la Australia, estos patinadores emprenden

correrías verdaderamente fantásticas y que no siempre están exentas de peligro.

El menor movimiento en falso les hace perder el equilibrio y los patinadores se dan un chapuzon en el puerto, excitando la hilaridad de la muchedumbre que asiste al espectáculo.

Los mas diestros reciben premios.

Revista de Paris.

Por mas firme que sea nuestro propósito de no volver á tratar de cosas pasadas, por mas que queramos ya correr el velo del olvido sobre los deplorables sucesos de que Paris ha sido teatro, cada vez que tomamos la pluma para escribir la crónica de la semana tenemos que detener nuestra atención en esos penosos recuerdos. ¿Cómo no seria así despues de tan terrible sacudimiento? ¿Cómo no seria así cuando las ruinas siguen patentes á nuestros ojos, cuando los autores ó cómplices de aquellos horrores se encuentran sometidos á la accion de la justicia, cuando se llora en las familias la pérdida irreparable de tantos seres queridos? Adonde quiera que tendemos la vista no descubrimos mas que esos recuerdos contra los cuales lucha en vano nuestro deseo de restituir su antiguo carácter á estos cuadros de la vida parisiense.

Todo cuanto se escribe, casi podriamos decir todo cuanto se habla, tiene referencia con aquellos sucesos. No hay solemnidad pública sin que de ellos se trate, y cada dia se ponen en evidencia detalles desconocidos.

Y es que, en verdad, nadie en la situacion actual de la Francia podría manifestarse indiferente á la cosa pública.

Muy al contrario, es el momento en que cada cual debe hacer abnegacion de todos sus deseos y esperanzas, para no pensar mas que en las desgracias del pais y para consagrarse á repararlas segun su capacidad y sus fuerzas.

Paris da en la actualidad un excelente ejemplo.

El consejo general del Sena, cuya reunion habia excitado tantas inquietudes, se conduce con una moderacion en todas las cuestiones que ha merecido ya los elogios del jefe de la Republica.

Dias pasados debia tomar una resolucion de una importancia suma.

Tratábase de la instruccion y debia decidirse si esta seria obligatoria, gratuita y religiosa.

El consejo general votó los tres puntos separadamente y en este orden:

Se votó por unanimidad la instruccion obligatoria.

Despues se votó por gran mayoría la instruccion gratuita.

Por último, se rechazó por 41 votos contra 37 la instruccion exclusivamente seglar que proponia la comision.

En toda Francia se observa hoy una inclinacion general hacia la instruccion obligatoria y gratuita; pero lo importante de la votacion de que tratamos, es el tercer punto que consagra la libertad de enseñanza, dejando á los padres de familia la facultad de optar entre las instituciones seglares y las religiosas.

¿Con qué motivo se habrian suprimido estas últimas?

Si la enseñanza que dan fuese inferior á la de las otras, si los principios de su educacion motivaran quejas formales, la administracion y el consejo municipal podrían tomar sus medidas; pero la estadística nos prueba que los hermanos de la doctrina cristiana que hay en Paris obtienen los mejores resultados en los exámenes generales.

Los certificados de estudios concedidos en Paris en 1869, se dividen del modo siguiente: 270 para los alumnos de los hermanos, 475 para los de los seglares. En 1870 los hermanos obtienen 461 y los seglares 231.

Bajo este concepto, se ha considerado en Paris como muy justa la decision á que nos referimos.

¿Qué razones expusieron en el curso de los debates los adversarios de la enseñanza religiosa?

Oigamos á uno de ellos.

M. Marmottan, que usó de la palabra en nombre de la comision, dijo que esta no tenia intencion de herir las convicciones religiosas, pues respeta las que son sinceras. No propone suprimir la enseñanza religiosa, sino separarla de la enseñanza ordinaria; esta última debe ser obligatoria, en tanto que la primera debe ser facultativa, adquiriendo con esto un carácter mas elevado y sagrado que si se impusiera.

No hay que confundir, dice, la religion con los intereses de la teocracia. La religion es asunto de sentimiento, de conciencia, puramente ideal; la Iglesia, es por el contrario, un partido político, militante, que tiene su consigna particular, que recibe de un príncipe extranjero su táctica, sus milicias y su prensa. Todo esto en su opinion es la rémora del progreso y basta para hacer retroceder á la sociedad á la edad media.

Otros oradores hablaron en pró y en contra del dictámen de la comision, y estos últimos señalaron oportunamente los servicios prestados por las instituciones religiosas, declaran-

do que impedir esta enseñanza sería un atentado contra la libertad.

Así lo comprendió la mayoría del consejo, que votó en el sentido que hemos dicho.

Y á propósito del consejo general del Sena, las crónicas de la semana no hablan de otra fiesta que del banquete que dió el prefecto á los miembros que componen aquella corporación en el patio de honor del Tribunal de Comercio, adornado lujosamente.

Todo el interior del palacio resplandecía de luces, y los invernáculos municipales se pusieron á contribucion para el adorno de flores: en las mesas magníficamente servidas, habia cubiertos para cien personas.

Al fin del banquete, que se terminó á las once de la noche, el prefecto, M. Leon Say, pronunció este breve discurso:

« Si tomo aquí la palabra no es para hablar de nuestros asuntos, ni tampoco para provocar á olvidarlos. No estamos en sesión, y sin embargo, tampoco estamos de fiesta. Pero puedo hacer constar con mucho gozo, que entre tantas personas de opiniones tan diversas existen relaciones de buena sociedad, y podría decir de confraternidad, que dan las mejores garantías para la administracion de los negocios del departamento.

Sé muy bien que hay personas que no creen en la sinceridad de las opiniones sino cuando se manifiestan con arranques apasionados, y que les parece mas viril tener enemigos que adversarios. Yo no soy de ellos, ni vosotros tampoco.

Y no es porque yo niegue que la sociedad carezca de enemigos, pues el momento sería bien inoportuno para negarlo; pero si creo que estos enemigos de la sociedad se hallan fuera del pais legal, si está permitido hablar así cuando tenemos el sufragio universal.

Los hombres que se reúnen para salvar la casa, no admiten á los que intentan pegarla fuego. Además, la sociedad política es bastante grande para dar cabida á todos los partidos.

Si existe un ejemplo de la anchura de terreno que un espíritu elevado puede ocupar en las materias políticas, es el que nos ofrece el hombre eminente que dirige nuestros asuntos públicos. M. Thiers se halla por encima de todos los partidos, pues representa la sociedad, la República y el orden. Por esta razón os propongo con toda confianza que brindemos á la salud del ilustre presidente de la República francesa. »

Fuertes y repetidos aplausos interrumpieron muchas veces al prefecto y celebraron el fin de su discurso.

Silencio á las divergencias de opinion, y paz y concordia para cicatrizar las lagas de la patria, tal es la divisa de los partidarios del actual orden de cosas.

Y con efecto, mucha union, y mucha abnegacion y mucho patriotismo se necesitan para remediar tantos males.

Hace algunas semanas, dijimos que tambien los extranjeros, especialmente los ingleses, demostraban el mismo deseo de un modo práctico.

Entonces señalamos á la atencion de nuestros lectores la enorme cantidad de dinero que los ingleses habian consagrado á esta obra, y hoy vamos á decir cómo saben las sociedades inglesas distribuir los socorros.

M. James Long, delegado de la Sociedad de los Cuáqueros, ha recorrido un gran número de departamentos franceses repartiendo en productos y en dinero abundantes auxilios que se elevan á una suma total de 4.055,071 francos, de la cual los labradores han recibido 2.796,577 y los pobres 1.258,194 francos.

Estos socorros se han repartido en los diferentes lugares que han soportado los horrores de la guerra, y su enumeracion es como sigue:

En simientes, 94,785 hectólitros, 40,887 kilogramos.
 En tierra sembrada, 63,962 hectáreas.
 En instrumentos aratorios, el valor de 82,947 francos.
 En ganados, el valor de 102,000 francos.
 En dinero, todo comprendido, 2.796,577 francos.
 Los auxilios dados á los pobres representan:
 Abrigo, 13,750 francos.

Viveres, medicamentos, leña para calentarse, 247,250 francos, incluyendo el alimento de 9,000 personas desde octubre de 1870 hasta abril de 1874.

Organizacion de diversas obras para los pobres, 50,525 francos.

Ropas y camas: 232,969 francos.
 Donativos en dinero:
 Á los diferentes sitios de Paris asolados por la guerra, 167,625 francos.

Á los 69 pueblos en torno de Paris, 536,375 francos.
 Tal es el modo de practicar la caridad pública que ha tenido la Sociedad inglesa de Amigos, cuyos actos merecen darse á conocer y señalarse al agradecimiento público.

El juéves de esta semana hemos tenido una fiesta literaria de alto interés para todo el mundo.

Era la recepcion de Jules Janin como miembro de la Academia francesa.

La reunion fué brillante cual nunca.

Todo Paris sabe qué de decepciones ha sufrido el eminente crítico antes de alcanzar el codiciado uniforme de las palmas verdes.

Por fin aparece en el santuario y toma asiento entre sus padrinos M. Saint-Marc Girardin y M. Cuvillier Fleury; pero tan inmutado, que le es imposible hacer la lectura de su discurso, de la cual se encarga el segundo de sus padrinos.

M. Jules Janin tenia que hacer el elogio de otro crítico ilustre, M. Sainte-Beuve, y seguramente no puede darse un estudio mas delicado, mas extenso y completo del célebre autor de tantos y tan ponderadas obras de alta crítica literaria.

Y hablando de Sainte-Beuve, Jules Janin pasa revista á toda la pléyade de autores contemporáneos y caracteriza con toda verdad el carácter eminentemente literario de la época.

No se olvidó tampoco de las obras personales que le conquistaron un puesto entre los escritores y los poetas.

Analizó la famosa novela *Voluptuosidad* « uno de los acontecimientos de su vida, » y el gran estudio en que empleó tantos años, la *Historia de Port-Royal*.

Resolvió emprender esta enorme tarea « en uno de esos momentos crueles en que el motin corre las calles y la multitud profiere amenazas. » Viéndole turbado con aquella agitación, M. Royard Collard que le queria como á un hijo, le decia:

— El que no conoce á Port-Royal no conoce á la humanidad. Sin embargo, tenga Vd. cuidado, pues se va Vd. á ceñir una corona de espinas muy agudas.

M. Sainte-Beuve no retrocede, y concluye su obra.

En su juventud habia sido poeta, en su edad proveya volvió á la prosa, despidiéndose de la ficcion, su gozo y su orgullo.

M. Jules Janin se resume de este modo:

« Mucha habilidad se necesita para indicar bien el límite feliz que separa la poesia de la crítica de M. Sainte-Beuve. Habia venido á ser, digámoslo así, el hijo adoptivo de Herodoto y de Platon, de Menandro y de Anacreonte. Hasta tenia el acento y conocia el sonido,

« — Habia yo resuelto, decia, concluir con calma y dignidad. Este era mi sueño; escribir de tiempo en tiempo cosas agradables, leer cosas agradables y serias; pero sobre todo no escribir demasiado, tratar á mis amigos, conservar mi espíritu para las relaciones de cada día, dar mucho mas á la intimidad que al público, reservar la parte mas delicada, la flor de mi mismo para disfrutarla en los últimos dias.

« No tuvo tiempo para ver cumplido ese bello proyecto de una muerte apacible, rodeado de todos los respetos de la vida. M. de Lamennais decia que lo que muere mas pronto en nosotros es la voluntad; y la voluntad de M. Sainte-Beuve no era arrojar tanta tristeza en torno de su feretro. Deseaba una muerte mas dulce en medio de la postrera reunion de sus amigos, « Hijo mio, decia el anciano Diderot, la razón es una buena almohada; pero mi cabeza descansa mejor sobre la de la religion y las leyes. » Y estaba muy bien dicho. Obedecer y creer, tal es todo el secreto. »

M. Camilo Doucet responde al nuevo académico.

¡Qué de elogios prodigados en el mas bello lenguaje!

Nadie mejor que Jules Janin podia ocupar en la Academia el sillón vacante de M. Sainte-Beuve.

Segun M. Doucet, M. Jules Janin puede reclamar todas las glorias de la crítica, la erudicion, el juicio recto, la gracia, con todas las facultades del estilo.

Es difícil elegir las citas en este largo discurso.

Sin embargo, un paralelo nos llama la atencion particularmente.

M. Jules Janin ha elegido entre sus folletines del *Journal des Débats* los materiales suficientes para componer una *Historia de la literatura dramática*, que equivale, dice M. Doucet, á *Port-Royal* y *les Causeries du lundi* de M. Sainte-Beuve.

« No obstante, añade M. Doucet, debemos á M. Sainte-Beuve mas de veinte volúmenes de retratos imperecederos, y vos nos debéis veinte volúmenes al menos de vuestras preciosas fotografías, mas ligeras quizás, pero mas parecidas, copiadas al vuelo sobre la misma naturaleza, y en las cuales se reproduciría en cierto modo la imágen viva de las personas, de las circunstancias, de los sentimientos y las impresiones que las habrían inspirado.

» Si los folletines de M. Sainte-Beuve son archivos, los vuestros son Memorias; las Memorias de vuestra vida y de vuestro tiempo escritas á vuestro modo. Heredero legítimo de los maestros que os precedieron, principiais por romper con la tradicion antigua y solemne... para ser vos mismo, sin tener nunca un sistema absoluto, ni una teoria inflexible...

» Así habeis escrito vuestros folletines y con ellos la *Historia de la literatura dramática*, lleno todo de una porcion de cosas extrañas al teatro, que no tenían nada que hacer allí y que estaban en su puesto. Asistiendo mas ó menos á las representaciones de que teniais que dar cuenta, desdénando el análisis y no prefiriendo la síntesis, hablando mucho de todo y á veces un poco de la comedia, de los bailes de ayer y de los accidentes de hoy, de las tragedias de la calle y de los dramas de la escena; del saqueo de San German l'Auxerrois y del sitio de *Ernani*, de Paganini y del cólera, del teatro del abate Chatel y del teatro de Debureau; habiendo comenzado por conducirnos el mismo día á la última representacion de Mlle Mars, á quien llamais el talento de Moliere, y al estreno de Mlle Rachel que será el cora-

zon de Racine y el alma de Corneille; y concluyendo, puesto que todo en este mundo tiene fin, por depositar vuestras coronas y las vuestras en las tumbas de Celimena de Kitty Bell y de Hermione. »

Tenemos que interrumpirnos: todo el discurso está escrito en este tono. El público aplaudió á M. Camilo Doucet tanto como habia aplaudido á M. Jules Janin, y esto es lo mas que podemos decir en su alabanza.

MARIANO URRABIETA.

Poesía.

¡MAÑANA!

Hay una esperanza vana
 Que suele el hombre tener
 Cuando su suerte es insana,
 Y es esperar de mañana
 Aquello que perdió ayer.

Este mañana infecundo
 Pasa veloz, pasa un año,
 Y ve con dolor profundo
 Que el mañana de este mundo
 Trae un nuevo desengaño.

Vuela la mente lejana
 Tras el fantasma soñado
 En las horas de mañana,
 Cual vuelo de la campana
 El eco con que ha sonado.

Con todo, vuelve á querer
 Alimentar su esperanza,
 Y cuando piensa obtener
 La dicha que perdió ayer,
 Mañana encuentra mudanza.

Yo tambien con un mañana
 Soñando, insensato estoy;
 Pero la suerte tirana
 Ayer me dijo « ¡MAÑANA! »
 Y nunca mañana es hoy.

Yo no codicio loores,
 Ni grandezas, ni poder,
 Ni faustos deslumbradores,
 Que solo codicio, amores,
 Glorias, virtud y placer.

Así la cruel pena mia
 Calmando en mi pecho voy;
 Huye de mí le agonía
 Al ver que pasa este día
 Y llega el mañana de hoy.

De esta manera, correr
 Tras una dicha mundana
 Los hombres me suelen ver;
 ¡Mas, ay, que ha pasado AYER
 Y nunca llega MAÑANA!

JOSÉ DE COMINGES.

Moscú.

¡Moscú! Este nombre es uno de los que la Francia no oirá jamás sin emocion. Waterloo no fué en suma otra cosa que un postrer desafío á toda Europa, una sublime agonía de valientes; en tanto que Moscú aparece como una especie de espectro sangriento que se levanta ante la ambicion insensata y en lugar de victorias muestra el incendio, la ruina, la desolacion, el hambre, mas de cien mil cadáveres. ¡Horrible leccion! Moscú y Sedan son dos nombres hermanos. El uno y el otro recuerdan á los franceses el abuso del poder personal que con el intervalo de sesenta años, ha producido un resultado idéntico.



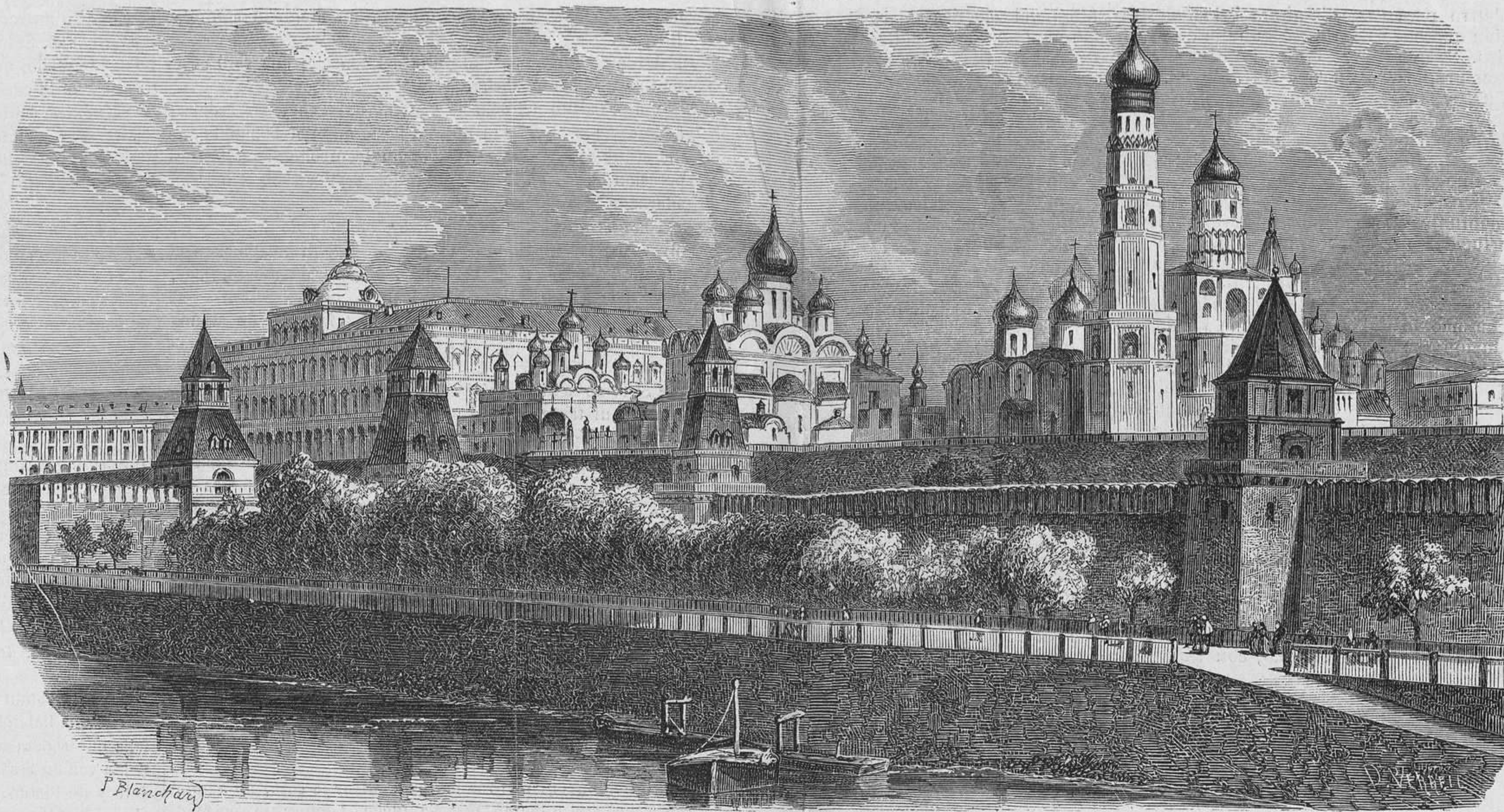
Intendente ruso.

victoria colosal! Conocida es la frase que repeta cuando entró en el Kremlin: « Por fin estoy en el antiguo palacio de los czares. » Su fisonomía brillaba de orgullo. Aquella misma noche el incendio comenzaba á devorar la ciudad: el patriotismo exaltado de Rostopchine aniquilaba en algunos instantes toda su obra y hacia de él un vencido. Los pocos que sobrevivieron de la campaña de 1812, nos han referido las diversas alternativas de aquella catástrofe: en las puertas de la ciudad, algunos dias despues de la batalla de la Moskowa, todo el ejército francés vió desde las alturas contiguas el magnífico panorama de la gran ciudad llena de cúpulas multicolores, de reflejos dorados y plateados, y cuando las tropas contemplaron aquella ciudad, lazo brillante entre el Asia y la Europa, la Jerusalem de los rusos, un orgullo inmenso se apoderó de todos los ánimos. El mundo parecia entonces sometido á la Francia.

El ejército francés pasa los muros. La ciudad estaba desierta. No habia resistencia en nin-

gun parte. Las casas todas cerradas. La poblacion que, diez dias antes, se elevaba á mas de 300,000 almas, se hallaba reducida á algunos miles de andrajosos que se habian quedado para consumir la obra. Aquel silencio

de muerte espantó mas á los franceses que un ejército de un millon de hombres. Los soldados escuchaban con un secreto estremecimiento las pisadas de sus caballos, único ruido que resonaba en medio de los palacios.



RUSIA. -- EL KREMLIN. -- Vista tomada del rio.

porque por todas partes le llegaban noticias siniestras. Ya empezaban los incendios, y Napoleon en los primeros instantes, no sabia si la mano que los encendia era rusa ó francesa. Da órdenes y se persuade de que el nuevo elemento que se opone á su triunfo va á ceder ante su autoridad.

En la noche del 46 de setiembre de 1812, los surcos de llamas cruzan por todas partes y el mismo Kremlin está amenazado. Bonaparte se pasea entregado á una agitacion febril: se sienta bruscamente, luego se levanta, se precipita á las ventanas y observa los progresos del incendio.

El emperador, dice M. de Segur, se obstinaba en no ceder su conquista, ni aun á las llamas, cuando de repente resuena este grito en el palacio:

— ¡ El Kremlin arde! Napoleon salió, y al otro dia contemplantlo aquella ciudad, que era una inmensa hoguera, exclamó diciendo:

— Esto nos presagia grandes desgracias.

En tanto que el desdichado ejército en desorden erraba por entre las nieves, la poblacion

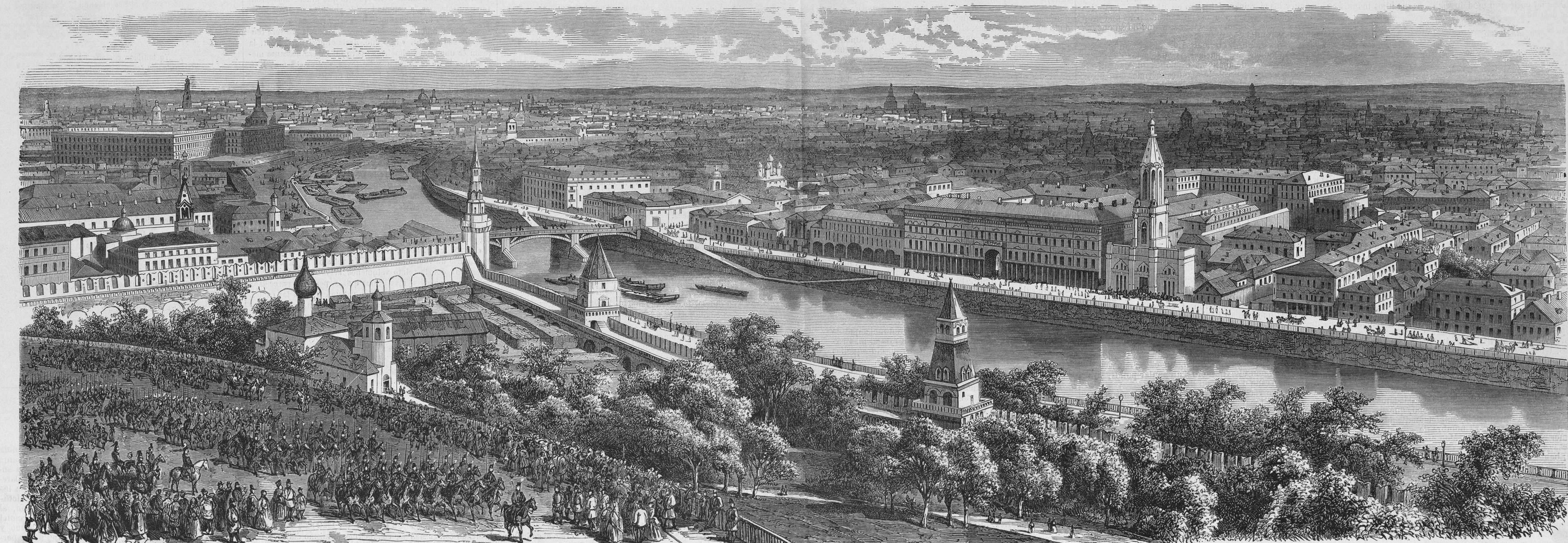
volvía poco á poco á la ciudad y algunos años despues, Moscou renacia de sus cenizas, mas hermosa y brillante que nunca.

Despues de Constantinopla y Venecia es quizás la

ciudad de Europa que se ofrece á los ojos del viajero, bajo un aspecto mas curioso. Sus palacios y sus iglesias pertenecen á todos los estilos, tártaro, indio, chino y hasta gótico; pero el arte se confunde allí con



Pescadero.



Vista general de Moscou.

mal gusto. M. de Segur decía que bajo el vestido del ruso se conoce siempre la piel del oso; y nosotros decimos que la arquitectura de esos edificios aunque graciosa y elegante en apariencia, denota siempre un fondo de barbarie. Todos sus colores son chillones; las cúpulas cubiertas de zinc, de placas de cobre, chocan. No hay armonía. Es el bárbaro que busca los ornatos vulgares y todo lo que reluce.

El Kremlin (fortaleza) es casi una ciudad aparte en el centro mismo de Moscú: ese conjunto de edificios legendarios se eleva á unos treinta metros sobre el nivel del Moskwa. Su recinto está guarnecido de torres angulares, con ladrillos encarnados y verdes que se reflejan en el río.

¡Curiosa es la historia de ese palacio! ¡Qué de personas han sido asesinadas ahí, sin formación de causa, por una simple palabra, por un ademán del príncipe! En ninguna parte el absolutismo se ha mantenido tan fuerte y poderoso. Obediencia ciega, tal es la tradición.

La torre principal llamada Ivan-Velike, recuerda uno de los mas bellos triunfos de la monarquía. Por supuesto, no se trata de una acción generosa.

Hé aquí la anécdota:

Un emperador, sea el que fuere, había subido á la torre acompañado por el emperador de Persia, quien mientras elogiaba la magnificencia de todos los edificios que tenía á la vista, creía de buena política recordar el poder extraordinario de su soberano el schah de Persia, amo bastante querido ó temido para que sus súbditos le desobedecieran nunca.

— No me sorprende esa autoridad, contestó el czar, y yo creo mi poder bastante absoluto para estar bien seguro de la adhesión de todos mis súbditos.

Y cuando acababa de pronunciar estas palabras se presentó un cortesano.

— Acércate, le dijo el emperador: se trata de saber si mis súbditos me son ciegamente adictos.

— Señor, contestó el cortesano, solo los extranjeros podrían dudarlo; yo conozco el corazón de vuestros súbditos y sé que no hay uno solo que no se considere muy feliz en ofreceros la prueba de su adhesión, aun á costa de su vida.

— ¡Bien dicho! replicó el emperador; pero muchas veces hay un mundo entre la palabra y la acción. ¿Sería yo obedecido si dijera á uno de mis súbditos que se precipitara delante de mí desde lo alto de esta torre?

El cortesano creyó que era una orden y se precipitó inmediatamente.

El czar hizo á aquel desdichado un funeral de príncipe; y sin duda para inspirar aun mas servilismo á sus súbditos, con una obediencia ciega, se vistió de luto por aquel cortesano modelo y dió á sus hijos magníficos destinos.

R. C.

(Se concluirá).

¿Qué hará de ello?

NOVELA ESCRITA POR SIR EDWARD LYTTON BULWER.

(Continuación. — Véase el número 982.)

Sir Isaac le miró con expresión afectuosa; y bajo aquel nombre aprendió una nueva combinación con tanta facilidad, que la supersticiosa Sofía hubiera dejado de creer en la resurrección del eminente maestro de cálculos si hubiera sabido que aquel sabio nunca había podido hacer una simple suma.

¡Notable ejemplo de la grandeza del genio mas elevado que parece llegar á los resultados por la intuición, y á quien un niño podría dejar confuso con una columna de guarismos, cuando se ocupa en descubrir las leyes que rigen al universo!

Pero ¿qué extraño ó indudable enlace existía entre el nombre de sir Isaac y las reminiscencias de Mop? Yo tenía preparado sobre este asunto un erudito y profundo tratado lleno de citas de los místicos antiguos, tales como Yamblico y Proclo, y numerosas alusiones á la doctrina de los mas modernos espiritualistas, desde sir Kenelm Digby y Swedenborg hasta M. Cashagnet y Judge Edwards; á cuyo trabajo hubiera puesto el nombre de *Investigación sobre las leyes de las afinidades*, por Philomopos; pero desgraciadamente para mi obra, llegó á mis noticias un hecho, que sin hacerla menos curiosa trastornaba completamente la teoría sobre que estaba basada. El nombre de pila del veterano primer amo y preceptor de Mop era Isaac; y como en su casa tenían la costumbre de llamarle por este nombre, había quedado impreso en la memoria de Mop y unido á los recuerdos de su juventud y á sus mas caros afectos.

Su afecto canino había contribuido en alto grado al buen éxito de su escolástica educación. «¿Dónde está Isaac? ¡Llamad á Isaac! Id á buscar el sombrero de Isaac, etc., etc. Aquel nombre cesó de pronunciarse cuando murió el viejo soldado; pero al oírlo de nuevo, el corazón de Mop se convirtió, y no pudiendo ver ya á su antiguo amo, se sintió mas satisfecho con el nuevo.

En cuanto al título «Sir,» solo era un espletivo para su oído. Tal era el hecho y tal era la deducción que podía sacarse; aunque esto no satisfará á todos. Sé que hay filósofos que niegan todo lo que no ven sus propios ojos, y rehúsan ver lo que están resueltos á negar; tales filósofos rechazarán la historia por completo, y probarán con referencia á sus propios perros, que no existe ningún animal de esta especie que reconozca el nombre de su amo, ni que haya podido aprender nunca la aritmética. También sé que habrá algunos místicos que preferirían creer que Mop estaba en directa comunicación con invisibles Isaacs, ó en un estado de lucidez, ó bajo la influencia del fluido ódico. Pero, ¿se ha encontrado aun en la razón humana una cuestión que pueda considerarse bajo un solo aspecto? ¿No es la verdad un polígono? En nuestra misma época, ¿no ha habido sabios que han negado el principio de gravitación que hemos aceptado hasta ahora bajo la palabra del gran sir Isaac? El espíritu de controversia es el que mueve el mundo, y acaso por esto se explica cómo en la historia de tantos millones de individuos que han habitado nuestro planeta, desde la época de Adán hasta esta en que yo escribo, solo pudo acordarse M. Waife de un número tan pequeño, de hombres de aquellos que el mundo ha acordado llamar sabios; y entre este corto número, de una fracción tan infinitamente pequeña de nombres bastante conocidos para ser aceptados como los representantes mas populares de una prominente sagacidad, como si se hubiera llamado Mop

VI.

Sir Isaac, lo designaremos con su nuevo nombre, ganaba siendo conocido. Estaba en lo mas florido de su juventud y miraba su instrucción como un placer. Su último amo era un estúpido que no había conquistado su afecto, y ni aun su primer amo, el veterano, aunque le había inspirado un sentimiento del respeto que sir Isaac conservaba todavía, no había penetrado tanto en su corazón como Waife y Sofía lograron hacerlo poco á poco por la dulzura. Sir Isaac se aficionó completamente á ellos y en muy pocos dias.

Cuando Waife estuvo seguro de la extensión de sus conocimientos, se impuso la tarea de componer una pieza en la cual puso en juego bajo una forma mas interesante los talentos de su discípulo. En ella tomaban parte él y su nieta, pero el principal papel estaba á cargo de sir Isaac. Después de terminar aquel trabajo y disponer los ejercicios del perro en un orden melódico y razonado, resolvió ponerse en camino para una gran ciudad situada á alguna distancia, y que no se encontraba comprendida en el itinerario de M. Ruge.

Los gastos que hizo en la casa disminuyeron en muy poco sus recursos pecuniarios; porque en los ratos desocupados que le dejaban las lecciones que daba á sir Isaac, Waife había prestado algunos servicios á mistress Saunders, tal era el nombre de la viuda que los tenía á pupilo, y la buena mujer consideraba aquellos servicios como dinero contante. Arregló y puso corriente un antiguo reloj, que hacia tres años no se inquietaba por la marcha del tiempo, y compuso un juego de café por medio de un cemento de su invención, cuyos ingredientes proporcionó él mismo. Allí fué donde mas demostró su rara habilidad: cuando no encontraba, por ejemplo, mas que uno ó dos pedazos de una taza y uno ó dos pedazos de un platillo, los pegaba todos juntos bajo cierta forma, de modo que aunque lo que resultase no fuera siempre útil, hiciera al menos buen efecto sobre una mesa.

Forró también con un papel elegante algunos libros viejos que habían pertenecido al marido de la viuda, jardinero escocés, y que ella formó en fila delante de una bandeja. Hizo mas: Mrs. Saunders suplió á la insuficiencia de una módica pensión (que debía al previsor cariño de su difunto esposo que había asegurado su vida en favor suyo) dedicándose á la cria y venta de aves; pues bien, Waife abhorrió á la pobre mujer lo que hubiera tenido que pagar á un carpintero por la construcción de un nuevo gallinero, levantando el suelo de modo que los pollos quedaran al abrigo de los ataques de las ratas que habían hecho hasta entonces grandes estragos entre ellos. También excitó el reconocimiento de la viuda confiándole ciertas recetas secretas para mejorar sus razas y aumentar sus productos.

— Yo también, decía gentleman Waife, he tenido que ganarme la vida en esa industria. En cierta época tuve que dedicarme en el extranjero á alimentar pollos, porque los pollos me daban á mí de comer.

Era extraño ver tanta variedad de invenciones, tanta fecundidad de recursos, tal familiaridad con las diferentes fases de la vida práctica en un hombre, que vivía entonces con tanta estrechez.

Mrs. Saunder tomó cariño á sus huéspedes. Consideraba á Waife como un prodigio de genio y á Sofía como la belleza y la bondad personificadas; en cuanto á Isaac, lo consideraba como muy digno de tales amos, aunque el cómicó no le había hecho la confianza de las habilidades de su perro, ni de lo que se proponía hacer de él. Para mayor precaución, cuando se despidió de la viuda, obtuvo de ella la promesa solemne de no indicar á nadie sus huellas, caso de que la hicieran preguntas indiscretas.

— Considerad en mí, dijo Waife, un hombre que tiene enemigos tales como las ratas respecto de los pollos. Los pollos no temen á las ratas, cuando están como les

sucede ahora á los vuestros, fuera del alcance de sus dientes. Algun día construiré también acaso una pollera para esta chiquitina; yo soy demasiado viejo para enjaularme. Entre tanto, si alguna rata viene husmeando detrás de nosotros, haced que siga una pista falsa.

Mrs. Saunder, entre risueña y llorosa, prometió hacer lo que la pedían, deseó mil felicidades á Waife, abrazó á Sofía, acarició á sir Isaac; y permaneció largo tiempo sobre el umbral de la puerta, siguiendo con los ojos á los tres viajeros que iluminados por el sol de la mañana se alejaban por el estrecho y verde camino: las gotas de rocío brillaban sobre las hojas, y la alondra se elevaba en el aire en medio de los sembrados.

Cuando volvió á entrar en la casa, su interior le pareció solitario. Podéis acostumbraros á la soledad; pero si admitis alguna vez dos ó tres personas en vuestro hogar, desde donde contemplan á través de las ventanas los vivos rayos del sol, cuando desaparezcán, os parecerá que llevan consigo el brillo de vuestro hogar, los rayos del sol que pasaban á través de vuestros cristales. ¡Pobre Mrs. Saunder! Inútilmente buscaba algo que la distrajera, arreglando su casa, cuidando sus gallinas. El pobre viejo tuerto, la niña, el perro de lanas rizadas, la seguían por todas partes; y cuando á las doce se puso á comer enteramente sola, los restos de la alegre cena de la víspera, el simple tic-tac de la resucitada péndola parecía decirle: «¡Se han ido, se han ido! se echó sobre el respaldo de la silla y empezó á llorar á lágrima viva. Estando entregada á aquel delicioso consuelo, resonó en la puerta un golpe que la hizo estremecer. «¿Habrán vuelto?» La puerta se abrió, y un joven de buen aspecto, con traje negro y corbata blanca, entró en su casa.

— Os ruego que me perdoneis; ¿os llamais Saunders? ¿Vendeis aves?

— Para servirlos, señor. ¿Queréis pollos de primavera?

— ¡Pobres gentes, por grandes que sean sus disgustos, tienen que vender sus pollos, si encuentran quién se los compre!

— Gracias; por ahora no me hacen falta. Yo he venido aquí para tomar algunos informes. ¿No teneis huéspedes?

— ¡Huéspedes! A aquella palabra, el alma expansiva de Mrs. Saunders se cerró herméticamente; las últimas instrucciones de Waife resonaron de nuevo en su oído; ¿sería una rata aquel señor de corbata blanca?

— No, señor; no tengo huéspedes.

— Pero habéis tenido uno hará poco tiempo, ¿no es cierto? Un hombre de cierta edad, inválido, con una niña.

— Ignoro dónde estarán, dijo Mrs. Saunders, acordándose de pronto de que, no solo le había recomendado negar los hechos, sino también dar falsas señas á la gente demasiado curiosa. Lo ignoro enteramente. ¿Pero podeis decirme por qué me haceis esas preguntas, caballero?

— Porque me dieron el encargo de marchar á... y averiguar el paradero de un tal Willam Waife. Ayer llegué á este punto, en donde solo he podido averiguar que un sugeto de las mismas señas partió hace algunos dias; un pastor le vió dirigirse aquí y entrar en vuestra casa. Se supone que habéis tenido huéspedes, porque habéis comprado algunos comestibles que no teneis la costumbre de comprar. Pruebas evidentes del hecho que no debeis tener ningún interés en ocultar.

— Ciertamente no, replicó Mrs. Saunders, á quien aquella frase significativa «pruebas evidentes,» pusieron mas en guardia. Aquí estuvieron hará unos diez dias, un señor de las mismas señas que el vuestro, y una linda señorita; aquí pasaron una noche ó dos, pero luego partieron para...

— ¿Para dónde, señora?

— Para Lóndres.

— Eso es en efecto muy verosímil. ¿Se fueron á pié, ó por el camino de hierro?

— Yo creo que á pié.

— Gracias, señora. Si vuelven por aquí ó sabeis dónde están, tened la bondad de hacer que llegue á su poder esta tarjeta. Aquí están las señas de mi principal, M. Gotobed, Craven-Street, Strand, uno de los primeros abogados. Tiene que comunicar á M. Waife un asunto de importancia.

— Sí, un legista, ya comprendo.

Y como Mrs. Saunders creía en su ignorancia que de todos los animales que se asemejan á la rata el mas voraz era el legista, se felicitó de haber usado aquellas mentiras inocentes en favor de sus huéspedes.

El caballero del traje negro, habiendo desempeñado de aquel modo su comision y conseguido su objeto, fué á buscar el carruaje que había dejado cerca de la casa.

— Volvamos á la posada, gritó al cochero. Pronto: necesito marchar á Lóndres por el tren de las tres.

Tal fué el resultado de las primeras instrucciones que el gran legista dió á uno de los primeros abogados de la capital para descubrir el paradero de un pobre lisiado y una niña. Hubiera parecido imposible dirigir una información mas hábilmente. Mister Gotobed dió aquella comision á su primer pasante, el primer pasante comisionó al *policeman* del pueblo, este dió con la pista, llegó á la casa que buscaba, y allí le mostraron un rastro enteramente contrario. No dejó de proceder con grande habilidad.

— ¿Con que á Lóndres? Toda esa clase de gente van á parar á Lóndres, dijo M. Gotobed. Dadme la sustancia de eso por escrito para que yo pueda informar á mi distinguido cliente. Eso es muy satisfactorio. Este joven hará carrera, procede con método en los negocios.

VII.

Volviendo así la espalda á su buena fortuna, contra la cual habia dado tan precisas instrucciones á mistress Saunders, el vagabundo se puso en camino para la antigua ciudad de Gatesborough, que siendo la poblacion mas considerable y opulenta de las cercanias, mereció el honor de que M. Waife la eligiese para el *debut* de sir Isaac cuando estuvo seguro del buen estado de instruccion de dicho cuadrúpedo. Antes de abandonar la casa de M. Merle habia consultado un mapa del condado, asegurándose de la posibilidad de ganar á Gatesborough por un camino muy corto, accesible para los viajeros pedestres por estrechos senderos á través de los campos. Siempre habia evitado los caminos reales; para ello habia tenido sus buenas razones. Pero mas que sus buenas razones le incitaban á seguir los caminos de travesía sus vagabundas inclinaciones. Los caminos reales son para los mortales á quienes favorece la fortuna, los caminos de travesía para aquellos á quienes persigue la mala suerte. Pero los caminos de travesía tienen sus encantos, y la mala suerte sus momentos agradables.

Dejando pues el camino real, atravesaron una grande extension de verdes prados, siguiendo un camino estrecho que los llevó á una encantadora senda de esas que no se ven en ninguna parte fuera de Inglaterra; senda practicada entre bosques de encinas y fresnos y olmos de susurrador ramaje. Espinos de aterciopeladas hojas, campanillas silvestres y madreselvas esparcian sus ramas y sus flores en formas de guirnalda por todas partes. Algunas veces estas especies de emparrados que se extendian á ambos lados de la senda, abriéndose bruscamente, descubrian verdes prados que permitian extender la mirada al otro lado de barreras aisladas ó de empalizadas tapizadas de musgo, en el parque ó cercado de algun propietario rural.

Quintas modernas y antiguas, castillos en los altos, rodeados de verdes esplanadas, parecian enlazar los recuerdos feudales de Inglaterra con las esperanzas de la Inglaterra independiente; el antiguo pais, con sus jóvenes habitantes; porque, ¡Inglaterra es tan vieja y los ingleses son tan jóvenes! El viejo de los cabellos blancos y la niña de los cabellos dorados, se detenian frecuentemente para contemplar aquellas posesiones y aquellas moradas, cuyos poseedores habian sido tan felices. Pero en sus miradas no se advertia ninguna expresion de envidia. Tal vez seria porque su existencia estaba muy lejos de aquellas grandezas. Así gozaban con la mayor satisfaccion de aquel banquete de la vista. La belleza de lo que vemos nos pertenece por el momento, con la simple condicion de no envidiar la cosa que ofrece á nuestros ojos la misma belleza. La bóveda inmensa de los cielos y sus innumerables estrellas pertenecen lo mismo al rey que al mendigo, y en nuestros mayores delirios de ambicion no suspiramos por el monopolio del empero ó la posesion de los planetas; del mismo modo, la tierra, á pesar de sus empalizadas, sus paredes y cualquier especie de cercado de que pueda cercarse la propiedad celosa, pertenece de derecho á nuestros ojos. Podemos contemplar todas esas bellas posesiones con tanto placer como puede dar su contemplacion, y sin envidiar al propietario invisible sus otros derechos, tal vez mas contestables, como no envidiaríamos á un propietario en la region de los astros sus acres de luz en Capricornio. Bienhechora es la ley que dice: *No envidiarás.*

Cuando el sol estaba en lo mas alto de su carrera, nuestros viajeros encontraron un sitio que invitaba al descanso. Delante de ellos corria un arroyuelo de límpidas aguas: al otro lado del arroyo se extendian verdes prados; mas allá una granja, y en último término la torre de una iglesia que se elevaba por detrás de una alameda. Detrás de ellos, un terreno en pendiente, cubierto de menuda yerba, bajaba hasta el vallado, que se extendia á lo largo del camino; por encima del vallado se descubria la verde llanura matizada de mil colores; lilas y jeringuillas, esparcian por todas partes el perfume de sus flores de existencia efímera. Waife habia pasado al otro lado de la barrera que separaba el camino del arroyo, y estaba sentado á la sombra de un arbusto de forma fantástica. El perro habia bajado al arroyo para aplacar la sed; inmóvil en medio de la corriente, parecia absorto en la contemplacion filosófica de una multitud de pececillos que habia asustado al sumergirse, pero que no tardaron en reaparecer mas lejos en un sitio donde las ondas transparentes murmuraban dulce y débilmente en torno de una pequeña roca.

— Permite ¡oh Dios mío! que agradezcamos todos tus beneficios, dijo la víctima de la mala fortuna, empleando la fórmula consagrada por una piadosa costumbre. Pero tal vez no se pronunciarán nunca gracias tan sinceras en los banquetes de los *aldermen*.

Después, desenvolvió el paquete que habia llevado el perro entre los dientes, durante todo el camino, y dejó cuidadosamente al lado del cómico cuando se sentó á descansar.

— Por vida mia, exclamó, preciso es convenir en que Mrs. Saunders es una mujer como no se halla otra entre diez mil. Yo la supliqué que limitase sus benévolas intenciones al pan y el queso, y ella ha añadido un pollo entero y un pastelito para tí. Mira, Sofía, esa mujer tiene derecho al mas espléndido testimonio de nuestro reconocimiento, y la hemos de ofrecer una cafetera de plata así que tengamos posibles.

En la alegría de aquel festin inesperado, el cómico dió rienda suelta á su humor, naturalmente alegre, y

mientras comia, siguió el vuelo de su caprichoso pensamiento, tan pronto semejante al de un niño, como al de un sabio. Dejaba rebosar por todas partes aquella verbosidad exuberante, sin cuidarse de los objetos sobre los cuales recaía: la niña, el perro, los peces que jugueteaban sobre la superficie del arroyo, el grillo de los campos que hacia oír su cri-cri bajo la yerba.

Algunos pasos mas allá estaba un joven pescador de caña, de unos veinte y cinco á veinte y seis años, oculto entre espesos matorrales. Acababa de sentarse para cambiar el cebo, cuando llegaron nuestros viajeros. Al rumor de las voces, sospechando acaso una concurrencia ilícita, porque aquella parte del arroyo estaba reservada, suspendió su tarea y separó suavemente el ramaje para reconocer al enemigo. Aquellas gracias pronunciadas por Waife parecieron sorprenderle agradablemente, porque una sonrisa de aprobacion asomó á sus labios. Olvidó la pesca, y una trucha pasó delante de él sin hacerle fijar la atencion. Pero sir Isaac, cuyo espíritu de especulacion habia sido ya satisfecho en cuanto á los atributos naturales de los peces, subió lentamente por la orilla del arroyo y después de detenerse un instante para husmear, se dirigió majestuosamente hácia el observador oculto, le miró con la mayor solemnidad y dió un ladrido, no un ladrido hostil, sino un ladrido puramente interrogador. El pescador descubierto de aquel modo, se levantó, y Waife, cuya atencion habia provocado el perro con su ladrido, reparó en él, y llamando á sir Isaac, se apresuró á decir:

— Mi perro no muerde, caballero.

El joven murmuró una respuesta poco inteligible y levantando su caña para indicar el pasatiempo á que estaba entregado, como si quisiera excusarse por estar allí, separó completamente las ramas que le ocultaban y se acercó á Waife. Sir Isaac le siguió, volvió á olfatear, lo que pareció dejarle satisfecho, y sentándose, fijó su atencion sobre los restos del pollo que yacian sobre la yerba. El recién venido parecia evidentemente un gentilemen, era de corta estatura, pero de buen talle: su rostro pálido y meditabundo, ofrecia cierta distincion. Al verle, hubierais formado al punto una idea de lo que era en realidad, un estudiante de Oxford, y acaso hubierais adivinado en él un futuro ministro de la Iglesia, si no habia sido ya ordenado.

(Se continuará.)

Recuerdos de un guardia móvil.

(Continuacion. — Véase el número 980.)

Aquel cargamento inusitado de armas, cartuchos y bagajes nos quebranta los hombros.

El camino no se acaba nunca. De Saint-Maur á Montretout nos parece que vamos al otro mundo; y como hemos atravesado por Paris, las compañías han mermaado que es un portento. Únicamente la mitad del batallón llega á Saint-Cloud. ¡Y en qué estado! Echando los bofes y con la lengua fuera.

Pero ¡ay! Saint-Cloud no es el término del viaje. Aun tenemos que subir hasta Montretout. Seguramente, en tiempos normales y en un hermoso día de primavera ó de otoño, es un bonito paseo; pero cuando se trata de unos mozos acostumbrados á coches y á omnibus, á todo sistema de locomocion, menos el de las piernas, cargados como un presupuesto francés, y que acaban de andar unos cuantos kilómetros, el paseo en cuestion se cambia en suplicio.

Así sucede que la orden de marcha se recibe con un grito de angustia.

¡Hay que subir esa montaña rusa que va de la *Tete Noir* al *Reducto*!

— Vamos allá, ya que es preciso.

— ¡Alto!

— ¿Estamos ya en el *Reducto*?

— No por cierto.

Aquí montones de tierra, allá zanjas. Algunas obras de fábrica que se empiezan. Unos agujeros que quieren ser casamatas, abiertos á los cuatro vientos. Y sobre todo bandas de trabajadores.

— ¿Con que eso es el *Reducto*?

— ¿Con que ahí quieren enterrarnos?

— Jamás lo consentiremos.

Por lo demás, ya aparecia bien claro entonces aquel espíritu de confusion y de incertidumbre que debia reinarse en Paris durante todo el sitio.

Hoy se daba un decreto que se anulaba mañana; á cada orden seguia una contra-orden invariablemente.

Para que nos dijeran que ocupáramos el *Reducto* era preciso que fuese materialmente imposible el instalarse en él.

Pero justamente porque nos decian: « Venid aquí; » debiamos esperar que una vez allí nos dijeran: « ¡Marchaos! » Tal era la lógica del gobierno.

Y con efecto, apenas llegamos, nos mandaron que volviésemos á Saint-Cloud.

Afortunadamente las caballerizas del palacio están vacías y nos dispensan el favor de ocupar los aposentos particulares de los señores caballos de la corte.

Cada escuadra tiene su *Box*, á cuyo frente brilla el nombre del ex-propietario imperial. Personalmente, nos hallamos en el compartimiento de M. Phœbus.

La instalacion no era mala en verdad. Por cama un monton de paja; pero paja mullida y dorada, como conviene á toda paja soberana. En cuanto á los *lavabos* no los habiamos visto nunca tan espaciosos.

De todos modos, al cabo de una marcha tan penosa, y con la perspectiva de acostarnos en Montretout, aquella caballeriza nos pareció un paraíso.

En la mañana siguiente, inspeccion de los lugares, todo el mundo á la descubierta.

A dos pasos el magnífico panorama que tan bien conocen los parisienses, el Sena corriendo al pié de Meudon.

El batallón admira las cañoneras.

El cuartel está lleno de *turcos* y de zuavos de vuelta de la campaña, que se reorganizan en Saint-Cloud.

Poco á poco, uno á uno, se presentan los desertores. Nuestros oficiales les saludan con la promesa de algunos días de arresto. Y aquí, no es como en Chalons, es cosa seria.

Cada día servicio en el *Reducto*. Se trabaja de lo lindo con picos y azadones.

Cincuenta céntimos de paga extraordinaria. A decir verdad, no vale gran cosa la tarea que hacen las manos blancas del pais latino.

Inauguracion de las avanzadas.

Primer cartucho en el cañon del fusil. Impresion que debe notarse. ¡Con qué cuidado se mira si el cartucho está en su sitio! La idea de que quizás será preciso tirar nos da palpitaciones. En suma, el *chassepot* se hace imponente, y se maneja con cierto respeto.

Mientras se está de centinela se observa rigurosamente la consigna. ¡Con qué fijeza se dirige la mirada á la zona sitiada! ¡Qué deseos de descubrir al enemigo para probar á la vez el arma y nuestra destreza! En tales momentos creo que á 400 metros tomaríamos la cúpula de los Inválidos por un casco prusiano.

Empero pronto se borran estas primeras impresiones. La indiferencia natural ha recobrado su imperio.

Está visto que principiámos á acostumbrarnos á vivir en Saint-Cloud. Dos de nuestras compañías van al fuerte de Issy y las restantes reciben orden de subir en masa al *Reducto*.

— ¿Con que al fin se construyó el famoso *Reducto*?

— Nada de eso.

La primera noche de casamata es originalísima. Nunca hasta entonces nos habiamos visto reunidos así en dormitorios. Pero ¡qué dormitorios! Primero, muy pequeños, no habia puesto para instalar las camas de campaña. Los corredores estaban llenos de piernas, brazos y cabezas, todo mezclado. Después, se hallaban sin cubrir, enteramente al aire libre.

En el interior nada habia dispuesto. Clavamos pedazos de madera en la obra y se hundieron como si fuera manteca; era para colgar nuestros efectos. Los fusiles se arrian á las paredes y la luz de la luna que penetra por todas partes da á nuestra instalacion los mas singulares reflejos.

Toda la velada se pasa riendo y bromeando, hasta que por fin nos dormimos. El despertar es indescriptible. Atontamiento general. Resfriados de primera. Dolores de muelas imponderables. Oftalmias que da gusto no verlas. Nada falta.

— ¿Cuándo nos relevan?

Tal es el grito unánime.

El comandante se pregunta qué es lo que puede hacer en aquel pozo de barro, sin artillería y con un fragmento de batallón...

Revista del general Trochu y discurso. Lo que es palabras no faltaban nunca. Exordio: « *Amigos míos, vuestro admirable aspecto... reclutas convertidos en veteranos por el patriotismo, etc.* — Conclusion: *Montretout es un puesto difícil... ¿Quién mejor que vosotros es digno de guardarlo?*

Silencio general, como si no se hubiera oído. Y es que nos atormenta una reflexion muy poco agradable: en tales condiciones, al primer ataque ¡adiós batallón!... Allí se queda.

Sin embargo, se hace de tripas corazón, pues á la verdad el discurso del gobernador de Paris no es tan terrible como parece. Dijo: « Permanecereis aquí; » en virtud del conocido axioma, eso significa que nos largaremos. Paciencia.

Desde aquella revista se trabaja con mas lentitud en las obras.

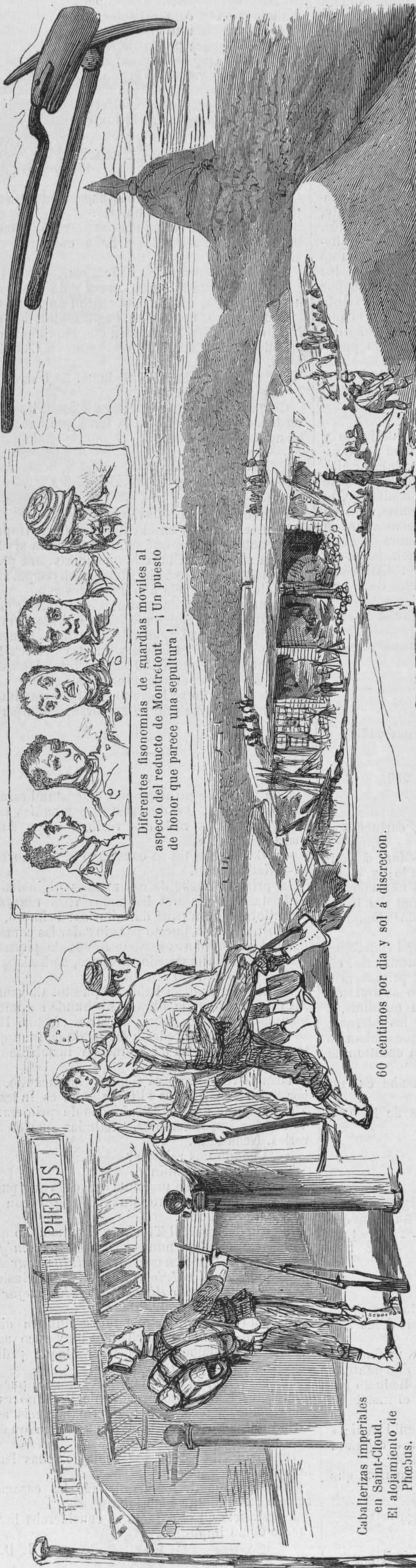
Además, la gente ha abandonado las casamatas y se refugia en el Monte Valeriano.

La estancia en el *reducto* se consideraba lisa y llanamente como imposible.

J. D.

RECUERDOS DE UN GUARDIA MOVIL.

Nuevas armas. — Rapidez y precisión.



Caballerizas imperiales en Saint-Cloud. El alojamiento de Phebus.

60 céntimos por día y sol á discrecion.

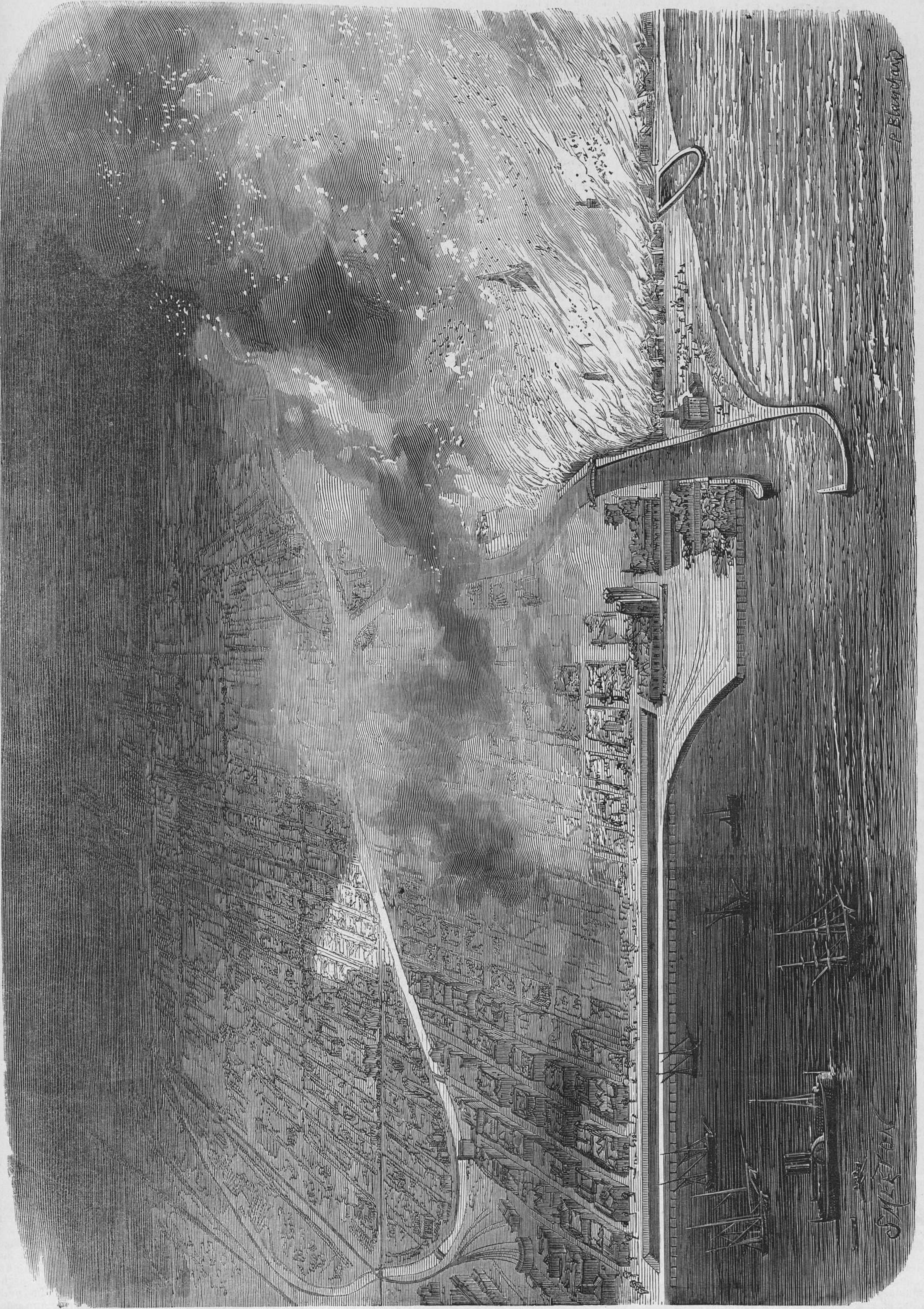


Entre los trofeos.

El reducho de Montrétout.

Interior de una casamata en Montrétout.

Un centinela con el fusil cargado.



INCENDIO DE CHICAGO. — Vista tomada del lago Michigan en la segunda noche del incendio.

Incendio de Chicago.

Chicago, una de las grandes ciudades de los Estados Unidos de América, está situada al Oeste del lago Michigan y en las bocas del río cuyo nombre lleva. De creación reciente, es uno de los ejemplos más famosos del prodigioso y rápido desarrollo que toman ciertos lugares cuando por su situación pueden constituirse en un centro natural de cambios.

Con efecto, en 1831 Chicago no era otra cosa que una simple estación á la que acudían á comerciar los indios. En 1840 tenía una población de 5,000 almas, que subía á 28,000 en 1850, á 200,000 en 1860, y que antes del incendio de que vamos á hablar, ascendía casi al doble de la última cifra.

Chicago era la gran ciudad del Oeste, el centro del comercio de granos del *Far-West*, contenía muchas manufacturas, y una porción de vías férreas la ponían en comunicación con las principales ciudades de los Estados Unidos y del Canadá.

Forma, digámoslo así, cuatro poblaciones distintas. En primer lugar, la antigua, la de negocios, la menos extensa, pero en cambio la más rica y poblada. Allí se encontraban los vastos establecimientos del comercio; y seguían la *North-Division* á orillas del lago, la *West-Division*, con largas calles, casi exclusivamente pobladas de obreros, y la *South-Division*, situada al Sur entre el lago y el río. Todo ello cubría una superficie de 21 millas cuadradas, de las cuales 5 han sido devoradas por las llamas, lo que representa la cuarta parte de la ciudad, considerando solo la superficie; pero si se atiende al valor de las propiedades destruidas, puede decirse que los dos tercios de la ciudad han desaparecido. Con efecto, del barrio de la riqueza, del antiguo Chicago y de la mayor parte de *North-Division* no queda nada.

No se sabe á punto fijo cuál fué la causa del incendio. Los unos le atribuyen al descuido de una mujer que dejó caer en su cuarto una lámpara de aceite de petróleo, y otros suponen que un muchacho que ordeñaba una vaca prendió fuego al establo.

Lo cierto es que el fuego se declaró el 8 de octubre en *Dekoven-Street*, á eso de las nueve de la noche. Si hubieran acudido pronto se habría apagado; pero desgraciadamente, los bomberos estaban cansados de otro gran incendio que había habido el día antes, y cuando llegaron ya era tarde; ya las llamas habían atravesado el río é invadido el cuartel del comercio, dirigiéndose hácia la embocadura de Chicago. Las casas desaparecían una tras otra como por encanto. Parecía que todo se derretía con el fuego: el pavimento de las calles, hecho de madera, ardía también y se convirtió en un océano de fuego que corría devorándolo todo á su paso hasta la 42ª calle, donde por fin le cortaron.

Las consecuencias del siniestro son espantosas. Mas de cien mil personas se hallan sin asilo y completamente arruinadas. Los muertos se cuentan por centenares. Las pérdidas materiales son inmensas. Afortunadamente llegan socorros de todas partes y ya se trabaja con actividad para reparar tantas ruinas. Gracias á la energía de los habitantes de Chicago, que en treinta años han creado esa hermosa ciudad, es de creer que no tardará en renacer de sus cenizas más floreciente que nunca.

C. P. D.

Bernabé Rudge,

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS.

(Continuación. -- Véase el número 983.)

Estaba por otra parte decidido, si los amotinados llegaban á atacarle, á matar al asesino por sus propias manos antes que darle libertad.

Llegaron sin embargo á casa del magistrado sin obstáculo, porque el motin, como lo hemos visto, estaba ocupado en combinar planes más profundos.

Llamó á la puerta; como se había esparcido el rumor de que los revoltosos habían condenado á muerte á sir Fielding, su casa había estado custodiada toda la noche por agentes de policía, y uno de ellos, según la declaración de M. Haredale, juzgando el negocio de bastante importancia para introducirle ante el magistrado, le proporciónó en el acto una audiencia.

El magistrado expidió inmediatamente un auto de prisión para encerrar al asesino en *Newgate*, cárcel nueva que acababa de edificarse recientemente sin perdonar gastos y que se consideraba como un modelo en esta clase de edificios.

Luego que se expidió el auto, tres agentes de policía volvieron á atar al acusado, porque en los esfuerzos que había hecho en el coche para desatarse casi lo había conseguido. Le pusieron una mordaza para que no diera voces por el camino en el caso de que cruzasen por en-

tre algún grupo de revolucionarios, y se sentaron en el coche á su lado.

Estaban bien armados y formaban una escolta formidable, pero tomaron además la precaución de bajar las cortinillas para hacer creer que no iban nadie en el coche, y encargaron á M. Haredale que se adelantase para que no llamase la atención si veían que les acompañaba.

Muy pronto pudieron felicitarse de estas medidas de prudencia, porque, tomando rápidamente el camino de la *Cité*, tuvieron que atravesar por entre algunos grupos que sin duda alguna hubieran detenido el coche á haber sospechado que había alguien dentro. Pero los agentes de policía permanecían callados, y como el cochero no se prestaba á sus preguntas, llegaron muy pronto á la cárcel, hicieron bajar al preso y en un momento le introdujeron en el lúgubre recinto de *Newgate*.

La mirada ardiente de M. Haredale le siguió con atención hasta que le vió encerrado en su calabozo. Aun mas, había salido ya de la cárcel, y se hallaba aun en la calle tocando las barras de hierro de la puerta y la piedra de aquellas robustas paredes, como para cerciorarse de que no era un sueño y para facilitarse de ver que todo era sólido, impenetrable y frío. Únicamente después de haber perdido de vista la cárcel y al ver las calles desiertas, sin movimiento y sin vida en aquella hora de la mañana, sintió nuevamente el peso que tenía sobre el corazón y se despertaron la angustia y el dolor que le causaban las desgraciadas niñas que había dejado en su casa cuando tenía una, porque su casa destruida no era ya más que una de las cuentas del largo rosario de sus penas.

LXII.

El preso se sentó en el tablado que le servía de lecho, y permaneció largas horas silencioso con los codos apoyados en las rodillas y la barba en las manos.

Sería difícil decir cuál era durante aquel largo silencio el carácter de sus reflexiones. No eran muy claras, y á excepcion de algunas ráfagas de vez en cuando, no se referían á su condición presente, sino á la serie de circunstancias que á aquel sitio le había conducido.

Los intersticios de las losas de su calabozo, las líneas que separaban las piedras cuadradas de que se componían las paredes, las rejas de la ventana, el anillo de hierro clavado en el suelo... todo esto se confundía ante sus ojos de una manera extraña y le creaba un género inexplicable de distracción y de interés que le absorbía completamente.

Y aunque en el fondo de cada uno de sus pensamientos hubiera un sentimiento penoso de su crimen y un temor constante de la muerte, no era más que el dolor vago que experimenta el enfermo al dormir, cuando su mal le persigue hasta en su sueño, le corroe el corazón en el seno de sus placeres imaginarios, le amarga los mejores banquetes, quita toda su dulzura á la música más suave y envenena su misma dicha sin ser no obstante una sensación palpable y corpórea; fantasma sin nombre, sin forma, sin presencia visible, corrompiéndolo todo sin tener existencia real y manifestándose en todas partes sin poder ser percibido ni tocado en parte alguna hasta la hora en que el sueño se desvanece y deja el puesto á la agonía que se despierta.

Mucho tiempo después se abrió la puerta del calabozo.

Alzó los ojos, vió entrar al ciego, y volvió á tomar su primera actitud.

Guiado por el hábito de su respiración, el ciego se acercó á la cama, se paró, alargando la mano para cerciorarse de que no se equivocaba, permaneció largo rato silencioso.

— Es Rudge, es él en efecto, dijo por fin.

El preso pateó el suelo volviéndole el rostro sin responderle.

— ¿Cómo os habeis dejado coger? preguntó, ¿en dónde ha sido? Nunca me habeis confiado todo vuestro secreto. No importa, ahora lo sé. Pues bien, continuó acercándose más á la cama, ¿cómo ha sucedido? ¿En qué sitio?

— En *Chiqwell*, respondió Rudge.

— ¿En *Chiqwell*? ¿Qué ibais á hacer allí?

— Quería ver precisamente al hombre en cuyas manos he caído, respondió, porque me arrastraban hácia allí él y el destino, porque me empujaba cierta cosa más fuerte que mi voluntad. Cuando le vi velar en la casa que *ella* habitaba tantas noches seguidas, reconocí en el acto que no podría salvarme de él nunca... nunca. Y cuando oí la campana...

Rudge se estremeció, dijo entre dientes que tenía frío, se paseó á largos pasos por su estrecho calabozo, volvió á sentarse y tomó su meditabunda actitud.

— Deciais, repuso el ciego después de un intervalo de silencio, que cuando oísteis la campana...

— Dejad la campana en paz; hacedme ese favor, repuso Rudge con voz precipitada. Me parece estar oyéndola aun...

El ciego volvió hácia él su rostro atento y curioso mientras Rudge, sin reparar en nada, continuaba hablando.

— Había ido á *Chiqwell* para encontrar á los amotinados. Me veía tan perseguido y acosado por ese hombre que solo esperaba salvarme confundiendo me entre la multitud. Habían partido ya, y corrí tras ellos cuando cesó...

— ¿Quién cesó?

— La campana. Se habían ido ya. Esperaba encon-

trar sin embargo allí algún rezagado y estaba buscando en las ruinas cuando oí...

— ¿Qué oísteis?

— Oí su voz.

— ¿Qué decía?

— No lo recuerdo, no lo sé. Estaba entonces al pie de la torre donde cometi...

— Sí, dijo el ciego moviendo la cabeza con completa calma... os entiendo.

— Me encaramé por la escalera, ó al menos por los trozos que le quedaban, con intención de ocultarme; pero me oyó, y me siguió en el momento en que ponía el pie en las cenizas calientes aun.

— Debíais haberos ocultado detrás de la pared, arrojar á ese hombre desde la torre ó darle de puñaladas, dijo el ciego.

— ¿Qué fácil es decirlo! ¿No sabeis pues que entre ese hombre y yo había otro que le guiaba... que yo le veía aunque no le veía él... y que alzaba sobre su cabeza una mano ensangrentada? Era precisamente en el aposento del primero, donde él y yo nos miramos cara á cara la noche del asesinato, y donde antes de caer levantó la mano del mismo modo fijando en mí sus ojos. Sabía muy bien que allí mismo sería preso.

— Teneis la imaginación muy exaltada, dijo el ciego sonriendo.

— Bañad en sangre la vuestra y vereis si se exalta como la mía.

Al mismo tiempo exhaló un gemido, inclinó el cuerpo hácia adelante varias veces, y mirando al ciego, dijo con voz baja y cavernosa:

— Veinte y ocho años! ¡veinte y ocho años! ¡Y en este espacio de tiempo no ha cambiado nunca, no ha envejecido, ha permanecido siempre igual... ¡No ha cesado de estar delante de mí; por la noche, en la sombra; durante el día, en los rayos del sol, y en el fulgor del crepúsculo, en la luz de la luna, en la claridad de la llama, en las tinieblas más profundas... siempre delante de mí! Acompañado, solo, en mar, en tierra, en las ciudades, en el campo, á veces me dejaba libre meses enteros, á veces no me dejaba nunca. Le he visto desde la cubierta de un buque deslizarse en las altas horas de la noche á lo largo de un rayo de luna sobre la superficie tranquila del agua, y le he visto también en las calles, en las plazas y en los paseos con la mano levantada sobre la apiñada multitud que iba á sus negocios sin saber el extraño compañero que tenía á su lado con aquel fantasma silencioso. ¡Imaginación, decís! ¿No sois un hombre de carne y hueso? ¿Y no lo soy yo también? ¿No son cadenas de hierro las que llevo y que remachó el martillo del herrero? ¿Creeis que esto sea una ilusión que puede desvanecer un soplo?

El ciego le escuchaba en silencio.

— ¡Imaginación! ¿Le maté acaso de pura imaginación? ¿Es decir que al salir del aposento en donde yacía tendido ví en imaginación la cara de un hombre que miraba al través de la oscura puerta y demostraba claramente en su expresión de terror que sospechaba que era yo el criminal? ¿No recuerdo acaso bien que principié por hablarle en voz baja y que me acerqué á él despacio, muy despacio, con el cuchillo cálido aun en mi mano? ¿Es pura imaginación que está muerto como lo estoy viendo aun? ¿No bamboleó contra el ángulo de la pared adonde le hice retroceder? Y allí, mientras la sangre le ahogaba el corazón ¿no permaneció en pie en la pared, muerto y sin caer al suelo? ¿Quereis sostener que no le ví un instante, como os veo ahora, derecho sobre sus pies... pero muerto?

El ciego, que oyó que al pronunciar estas palabras acababa de levantarse del tablado y de ponerse en pie, le hizo un ademán para que volviera á sentarse, pero ni siquiera reparó en este ademán Rudge.

— Entonces me ocurrió la primera idea de hacer caer sobre él la sospecha del crimen, entonces le desnudé, le puse mis vestidos y le arrastré á lo largo de la escalera hasta el estanque. ¿Acaso no me acuerdo bien del ruido de las burbujas de agua que subieron á la superficie cuando le arrojé dentro? ¿No recuerdo asimismo que me enjugué el agua que me salpicó mi cara cuando cayó el cadáver y que me pareció sangre helada? ¿No volví entonces á mi casa? ¡Cielo santo! ¡cuánto me costó!... ¿No me presenté á mi mujer y le conté lo que había sucedido? ¿No la ví caer de espaldas, y cuando quise levantarla, no me rechazó con fuerza, como hubiera rechazado á un niño, manchándose de sangre la mano con que había estrechado la mía en la lucha? ¿Me direis aun que todo esto es pura imaginación? ¿No se postró de hinojos para llamar al cielo por testigo de que ella y su hijo... aun había de nacer, renegaban de mí para siempre? ¿No me mandó, en términos tan solemnes que quedé frío como el hielo, aunque estaba todavía hirviendo en los horrores que acababa de hacer mi mano... no me mandó que huiese al instante, y me declaró que estaba decidida, á pesar del sigilo que me debía como mi esposa infortunada, á no darme más asilo? ¿No partí aquella misma noche, abandonado de Dios y de los hombres, prometido como presa al infierno, á principiar sobre la tierra mi larga peregrinación de tormento á la longitud del cable cuyo extremo tenía en su mano el demonio que estaba siempre seguro de llevarme adonde quisiera?

— ¿Por qué volvisteis á *Chiqwell*? preguntó el ciego.

— ¿Por qué es roja la sangre? Tan fácil me era impedirlo como vivir sin respirar. He luchado contra el destino que me arrastraba, pero tiraba de mí á despecho de todo obstáculo y de toda resistencia con la fuerza de cien caballos. Nada era capaz de detenerme; no estaban á mi elección la hora ni el día, y durmiendo ó ve-

lando, hacia muchos años que volvía á visitar el teatro de la catástrofe, que me aparecía sobre mi sepulcro. ¿Por qué he vuelto? Porque Newgate abría su calabozo para recibirme y él estaba en la puerta mandándome que entrase.

— Nadie os conocía ya, dijo el ciego.

— ¿Cómo queréis que me conocieran? Hacia veinte y dos años que estaba muerto.

— Hubiérais debido guardar mejor vuestro secreto.

— ¡Mi secreto! ¿Creeis que era mio? No; era un secreto que el primer soplo podía á su antojo esparcir y hacer circular por el aire. Las estrellas lo revelaban en su vivo centelleo, el agua en el murmullo de sus rios y las hojas en su estremecimiento. Se hubiera podido descubrir en las facciones ó en la voz del primero que pasase. ¿No habia en todas partes, en los seres animados y hasta en las piedras, labios en los que temblaba á cada instante mi secreto en la impaciencia de hacerse traicion?

— El caso es, dijo el ciego, que vos mismo lo habeis revelado.

— ¡Yo mismo! Sí, yo mismo, pero obligado por una fuerza superior. De vez en cuando me sentia impulsado á ir á vagar en torno de aquel sitio funesto. Cuando sentia este impulso, aunque me hubieran cargado de cadenas las habria hecho pedazos para seguir mi camino. ¿Es cierto que el iman atrae el acero? Pues del mismo modo me atraia él desde el fondo de su sepulcro cuando se le antojaba. ¡Ah! ¿Y llamais á eso pura imaginacion? ¿Creeis que lo hacia por mi gusto cuando iba, cuando luchaba, cuando me resistia en vano con todas mis fuerzas contra un poder irresistible?

El ciego se encogió de hombros y se sonrió con expresion de incredulidad.

El preso volvió á tomar su primera actitud y permanecieron silenciosos largo rato.

— Supongo, dijo el ciego rompiendo por fin el silencio, que sois un penitente resignado, que vuestro único deseo es hacer la paz con todo el mundo y en particular con vuestra mujer que os ha conducido donde estais; que no pedis ya mas favor que el que os lleven al cadalso cuanto antes, y por consiguiente debo abandonaros, porque mas que consuelo solo os daría pesar y repugnancia en medio de vuestro piadoso arrepentimiento.

— ¿No os he dicho, repuso Rudge con desesperacion, que he luchado y resistido con toda mi fuerza contra el poder que me ha arrastrado aquí? ¿Qué ha sido mi vida durante veinte y ocho años mas que un combate perpetuo, una resistencia incesante? ¿Y podeis suponer que esté dispuesto á echarme al suelo para esperar el golpe de la muerte? La muerte causa horror á todos los hombres... á mí sobre todo.

— Por fin hablásteis como un hombre razonable, pero no os daré mas este nombre... y es lo mejor que habeis dicho hace mucho tiempo, dijo el ciego con tono mas familiar y poniéndole la mano sobre el hombro. Miradme á mí, nunca he dado muerte á nadie porque no me he visto en situacion de tener necesidad de recurrir á tal extremo, pero debo añadir que no parece bien eso de matar á un hombre, y no creo que lo aconsejase ó me ocurriese á mí el hacerlo si llegara el caso... porque es muy peligroso. Sin embargo, ya que habeis tenido esa flaqueza antes de conocernos, y que habeis llegado á ser mi amigo y me habeis sido útil en muchas ocasiones, lo cual os agradezco, creo que solo debeis pensar en una cosa, cual es la de no morir sin necesidad. Lo que es por ahora me parece que no es del todo necesario.

— ¿Qué puedo hacer? ¿Qué esperanza me queda? dijo Rudge. ¿Queréis que rompa estas paredes con mis dientes como un murciélago para abrir un agujero por donde escaparme?

— Hay medios mucho mas fáciles. Prometedme no hablar mas de todas vuestras ilusiones, de todas esas ideas necias y locas que no son dignas de un hombre... y os diré lo que pienso.

— Hablad, pues.

— Vuestra honrada esposa, de conciencia tan delicada, vuestra virtuosa, amable, digna y hasta podría decir vuestra fiel esposa...

— ¿Qué?

— Se halla actualmente en Londres.

— ¿Y qué me importa? ¡Llévesela el diablo!

— Me parece muy natural ese deseo. Si no hubiera renunciado á su pension no estariáis aquí, y progresarian nuestros negocios. Pero olvidemos ese punto y pasemos á otro mas importante. Está, como os digo, en Londres. Supongo que le infundirian miedo las declaraciones que le hice en mi última visita y especialmente la revelacion que tanto efecto le produjo de que vos estábais muy cerca, y habrá abandonado su retiro para venir á Londres.

— ¿Cómo lo habeis sabido?

— Me lo ha dicho mi amigo, el noble capitán, el ilustre general de farsa, el estúpido y vanidoso Tappertit. Y la noticia es muy fresca, de ayer noche; y me dijo además que vuestro hijo, el llamado Bernabé... creo que es hijo legítimo y natural vuestro...

— ¡Maldicion!

— ¡Qué vivo sois! dijo con calma el ciego. Es buena señal, indica que volveis á la vida... Me dijo, pues, que Bernabé habia sido separado de su madre por uno de sus antiguos amigos de Chiquell, y que forma parte del ejército de los revoltosos.

— ¿Y qué me importa á mí eso? ¡Buen consuelo para mí si han de ahorcar al mismo tiempo al padre y al hijo!

— No vayais tan de prisa, amigo mio; mas calma, mas calma, repuso el ciego con expresion burlona. ¿Así se ahorca á la gente? Supongamos que descubro el es-

condite de vuestra esposa y que le digo poco mas ó menos estas palabras: «Señora, ¿queréis recobrar á vuestro hijo? ¿Sí? Enhorabuena. Como conozco á las personas que le tienen en cierto modo prisionero, puedo rescatarle. Ahora bien, el rescate costará algun dinero. ¿Lo aprobais? ¡Magnífico! Pero no os alarmeis, el rescate será barato, señora.»

— ¿Y cuál es el objeto de esa necia broma?

— Es muy probable que me contestará con estas mismas palabras, pero yo le diré: «Señora, no es broma; un caballero que dice ser vuestro esposo, aunque despues de haber trascurrido tanto tiempo no seria muy fácil probar su identidad, se halla en la cárcel. Su vida está en peligro, pues se le acusa de asesinato. Ahora bien, señora; sabeis que vuestro esposo murió hace mucho tiempo... mucho. El caballero de quien se trata se salvaria por consiguiente del patíbulo si tuviese la bondad de declarar en justicia y bajo juramento cuándo y cómo murió, y que el caballero que teneis delante, aunque se le parece bastante, no es ni ha sido nunca vuestro marido. Semejante declaracion decidirá á los jueces. Prometedme que lo hareis, señora, y voy á bajar en el acto para poner en lugar seguro á vuestro hijo, que es un muchacho muy guapo, hasta que nos hayais prestado este pequeño servicio, despues de lo cual os lo haré devolver sano y salvo. Sí, por el contrario, os negais á lo que os pido, me temo mucho que será denunciado y entregado á la justicia que indudablemente le condenará á muerte. Elegid, pues, señora; á vos os deberá la vida ó la muerte. Si os negais, dad á vuestro hijo por ahogado; y si consentís, aun no ha nacido el cáñamo con que han de hacer la cuerda que le pasarán por el cuello.»

— Veo en ese plan una ráfaga de esperanza, dijo el preso.

— ¡Una ráfaga! exclamó el ciego; decid mas bien una aurora radiante, un sol hermoso y deslumbrador. ¡Silencio! Oigo pasos á lo lejos. Fíad en mí.

— ¿Cuándo volvereis á verme?

— Tan pronto como pueda; quisiera poder deciros que mañana. Vienen á avisarnos que ha espirado el tiempo de mi visita. Oigo el ruido del manajo de llaves. No hablemos mas; podrian sorprender alguna cosa.

Al terminar estas palabras dió vuelta la llave de la cerradura, y un carcelero apareció en la puerta anunciando que habia terminado la hora de las visitas.

— ¡Tan pronto! dijo Stagg con ademán humilde é hipócrita. Lo siento, ¿pero qué se ha de hacer? ¡Ea, amigo mio, ánimo! Todo se reduce á una equivocacion que se reconocerá muy pronto, y entonces saldreis de aquí con honra. Si este caritativo caballero se digna tener la bondad de conducir tan solo hasta la puerta de la cárcel á un pobre ciego, que no puede pagarle el favor mas que con sus oraciones, y de ponerle en la calle con la cara vuelta al sol de poniente, hará un acto de caridad. Gracias, buen caballero, gracias.

Diciendo estas palabras y despues de pararse un momento en la puerta para dirigir á su amigo su rostro lleno de expresion irónica, salió guiado por el carcelero que le acompañó hasta el corredor.

El carcelero volvió entonces á abrir la puerta del calabozo y dijo al preso que tenia libertad para pasearse durante una hora por el patio inmediato si tal era su gusto.

Este contestó con una inclinacion de cabeza que aceptaba, y cuando se encontró solo principió á meditar lo que le habia dicho el ciego y á pesar el valor de las esperanzas que esta conversacion reciente habia despertado en su alma, mirando al mismo tiempo maquinalmente la claridad del dia que penetraba por las ventanas y la sombra proyectada por una pared sobre otra prolongándose en las losas.

El patio por donde se paseaba no era mas que un pequeño recinto cuadrado, que hacia mas frio y oscuro la altura de las paredes de que estaba circuido, y capaz en apariencia de hacer horripilar al mismo sol. La piedra de que estaba formado, desnuda, rústica y dura, inspiraba como por contraste hasta á Rudge ideas de campiña, de prados y de verdes arboledas con un deseo ardiente de emprender la fuga al través de los montes.

Sin embargo, se levantó, fué á apoyarse contra la puerta y contempló el azul del cielo que parecia sonreír á aquella espantosa guarida del crimen. Al ver al preso, podía creerse que, olvidándose por un momento de la cárcel, se encontraba como en un recuerdo recostado sobre un campo perfumado, donde sus ojos perseguian los rayos del sol al través del movimiento de las ramas extendidas sobre su cabeza.

De pronto llamó su atencion un ruido sordo de cadenas... Sabia muy bien lo que aquello significaba, porque se habia estremecido algunos momentos antes al oír el ruido que hacian sus propias cadenas cuando salió del calabozo.

Despues se puso una voz á cantar, y vió la sombra de una persona dibujarse en las losas.

Esta sombra se paró, calló bruscamente como si el cantor se hubiese acordado de pronto, despues de haberlo olvidado momentáneamente, de que estaba en la cárcel, se oyó otra vez ruido de cadenas y la sombra desapareció.

Rudge se paseó de un extremo á otro del patio asustando los ecos con el sonoro rumor de sus cadenas.

Cerca de la puerta de su calabozo habia otra entreabierto como la suya.

No habia dado aun media docena de vueltas al corredor del patio cuando, parándose á mirar aquella puerta, volvió á oír ruido de cadenas, despues vió en la ventana

defendida por una reja un rostro cuyas facciones no podian distinguirse porque el calabozo era oscuro y muy recios los hierros de la reja, y apareció inmediatamente un hombre que se dirigió hacia él.

La soledad le pesaba como si hiciera un año que estaba en la cárcel, y la esperanza de tener un compañero le impulsó á salir al encuentro del recién venido.

¿Quién era aquel hombre?

Era su hijo.

Se pararon mirándose cara á cara.

Rudge retrocedió avergonzándose á pesar suyo, y Bernabé, luchando con recuerdos imperfectos y confusos, se preguntó á sí propio en dónde habia visto aquel hombre; pero no permaneció largo tiempo indeciso, pues arrojándose sobre él y asiéndole del cuello para derribarle, gritó:

— ¡Ah! os conozco; sois el ladrón.

Rudge al principio, en vez de contestar, bajó la cabeza y sostuvo la lucha en silencio; pero viendo que el agresor era mas joven y mas robusto que él, alzó la cabeza, le miró fijamente y le dijo:

— Soy tu padre.

Estas palabras produjeron un efecto mágico.

Bernabé soltó al instante á su adversario, retrocedió, le miró aterrado, y despues, en un repentino impulso, se arrojó á sus brazos y le estrechó la cabeza contra sus mejillas.

Sí, sí, era su padre; no podia dudarle.

Pero ¿en dónde habia estado tanto tiempo, dejando á su madre sola, ó lo que es peor, sola con su pobre hijo idiota? ¿Era realmente ya dichosa como le habian dicho? ¿En dónde estaba? ¿Cómo no la veia á su lado? ¡Ah! A buen seguro que no era dichosa la pobre mujer si sabia que su hijo estaba en la cárcel. ¡Ah! no.

A todas estas preguntas precipitadas Rudge no contestó una palabra, y únicamente Gripp graznó con toda su fuerza, dando saltitos en su derredor como si los envolviera en un círculo mágico para invocar sobre ellos todos los espíritus maléficis.

LXIII.

Durante aquel dia todos los regimientos de Londres ó de sus cercanias estuvieron de servicio en algun barrio de la ciudad, y las tropas regulares y la milicia que se hallaban en la provincia recibieron la orden, en todos los cuarteles y destacamentos situados á veinte y cuatro horas de marcha, de dirigirse inmediatamente hacia la capital; pero los desórdenes habian tomado proporciones tan formidables, y merced á la impunidad, el motin se habia hecho tan audaz, que la presencia de estas fuerzas tan considerables continuamente aumentadas con nuevos refuerzos, en vez de desalentar á los perturbadores, les sugirió la idea de dar un golpe mas violento y atrevido que todos los atentados de los dias anteriores, y solo sirvió para encender en Londres un ardor de rebelion que no se habia visto nunca, ni aun en los antiguos tiempos de la revolucion.

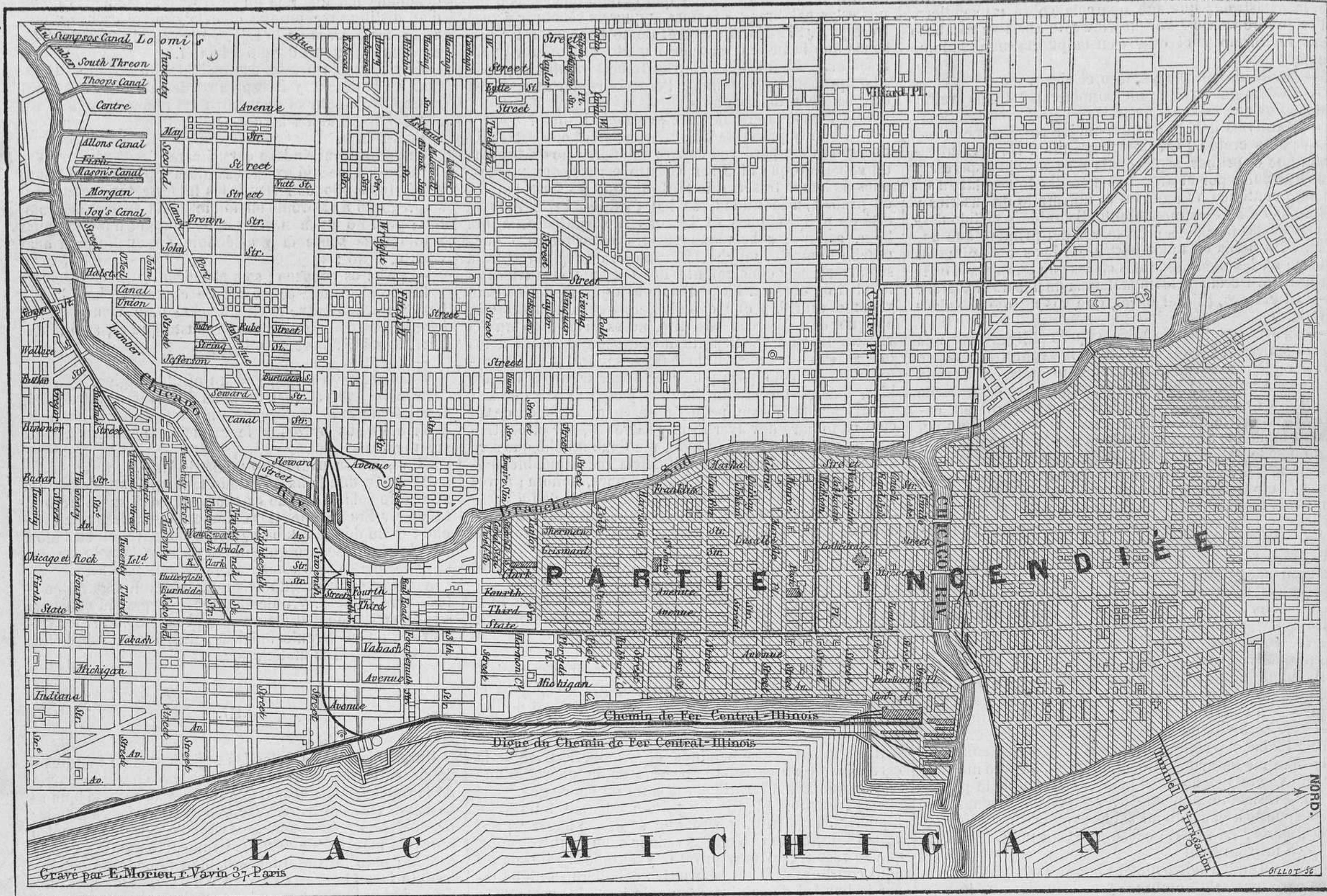
Toda la noche y todo el dia el general en jefe se esforzó en despertar en los magistrados el sentimiento de su deber, y en particular el lord corregidor, el mas cobarde de todos. Con este objeto envió varias veces numerosas partidas de soldados hacia Mansion House para esperar órdenes; pero como no le hacian efecto las amenazas ni los consejos y la tropa permanecia allí en medio de la calle arma al brazo, expuesta á injurias de palabras, estas laudables tentativas eran mas que útiles desfavorables.

El populacho, que no habia tardado en adivinar la cobardía del lord corregidor, deducia de su actitud nada hostil que las autoridades civiles eran contrarias á los papistas y que no tenian valor para perseguir y castigar á los que pensaban como ellas. Es de advertir que los rebeldes expresaban en voz alta estas esperanzas para que las oyese los soldados, y estos, que naturalmente tienen repugnancia á batirse contra el pueblo, escuchaban sus palabras con bastante benevolencia, respondiendo á los que les preguntaban si harian fuego por su voluntad contra sus compatriotas: «¡No, por todos los diablos!» y manifestando en fin disposiciones llenas de bondad é indulgencia.

Muy pronto se persuadió el populacho de que los militares no eran soldados del papa, y que solo esperaban el momento de desobedecer las órdenes de sus jefes para unirse con los amotinados. El rumor de su repugnancia por la causa que tenian que defender y de su inclinacion por la del pueblo se propaló de boca en boca con asombrosa rapidez, y siempre que encontraban algun soldado aislado en las calles y plazas, se formaba en seguida un grupo en torno suyo, le obsequiaban, le daban apretones de mano y le prodigaban todas las demostraciones posibles de confianza y afecto.

La multitud estaba en todas partes. No habia ya disfraz ni disimulo. El motin recorría ya la ciudad con la cabeza erguida.

Si algun insurgente queria dinero, le bastaba llamar á la primera puerta que á mano le viniese ó entrar en una tienda para pedirlo en nombre del motin, y podia estar seguro de ver satisfecha en el acto su peticion. Como los ciudadanos pacíficos tenian miedo de prenderlos cuando iban solos y aislados, no habia peligro alguno de que les armasen contienda cuando estaban en grupos numerosos. Se reunian las calles, las recorrían á su antojo y acordaban públicamente sus planes. El comercio estaba paralizado y casi todas las tiendas cerradas; raras eran las casas que no hubiesen izado una



INCENDIO DE CHICAGO. — Plano de los barrios incendiados.

bandera azul como testimonio de adhesión a la causa popular, y hasta los judíos de Houndsdicht, en el barrio de Witechapel, habían puesto en sus puertas y ventanas este letrero: « Esta casa es de un verdadero y fiel protestante. »

La multitud daba la ley, y jamás ley alguna fué aceptada con mas temor y obediencia.

Serian las seis de la tarde cuando un inmenso grupo se precipitó en Lincoln's-Inn-Fields por todas las calles que desembocan en este punto, y se dividió, indudablemente segun un plan acordado, en diversas corrientes.

El arreglo premeditado lo ignoraba la mayor parte de la multitud, porque era el secreto de algunos jefes que, mezclándose con los otros á medida que llegaban y distribuyéndoles en tal ó cual partida, ejecutaban el movimiento con tanta rapidez como si fuera una maniobra efectuada á la voz de mando y que cada cual hubiese tenido designado su puesto de antemano.

Todos sabian, sin embargo, que la partida mas considerable, y que comprendia cerca de las dos terceras partes de la masa, estaba designada para el ataque de Newgate. Se formaba de todos los perturbadores que se habian distinguido en los primeros motines, de todos los que la opinion pública indicaba como hombres resueltos y audaces, como hombres de accion, de todos los que tenian compañeros presos en los desórdenes de los dias anteriores, y finalmente de un gran número de parientes y amigos de criminales que esperaban el fallo del tribunal en la cárcel.

Esta última clase de héroes no tan solo comprendia á los bandidos mas desesperados y temibles de Londres, sino que se veian tambien entre ellos algunas personas comparativamente honradas. Mas de una mujer se habia vestido de hombre para prestar su auxilio en una empresa destinada á dar libertad á un hijo ó un hermano, y habia tambien los dos hijos de un reo condenado á muerte cuya sentencia debia ejecutarse el dia siguiente en compañía de otros tres criminales.

¡ Cuántos malvados se veian allí cuyos amigos habian sido presos por rateros ! ¡ Cuántas mujeres miserables, párias del género humano, que iban á libertar á algun amante de tan baja esfera como ellas, ó tal vez arrastradas, Dios solo podria decirlo, por un sentimiento ge-

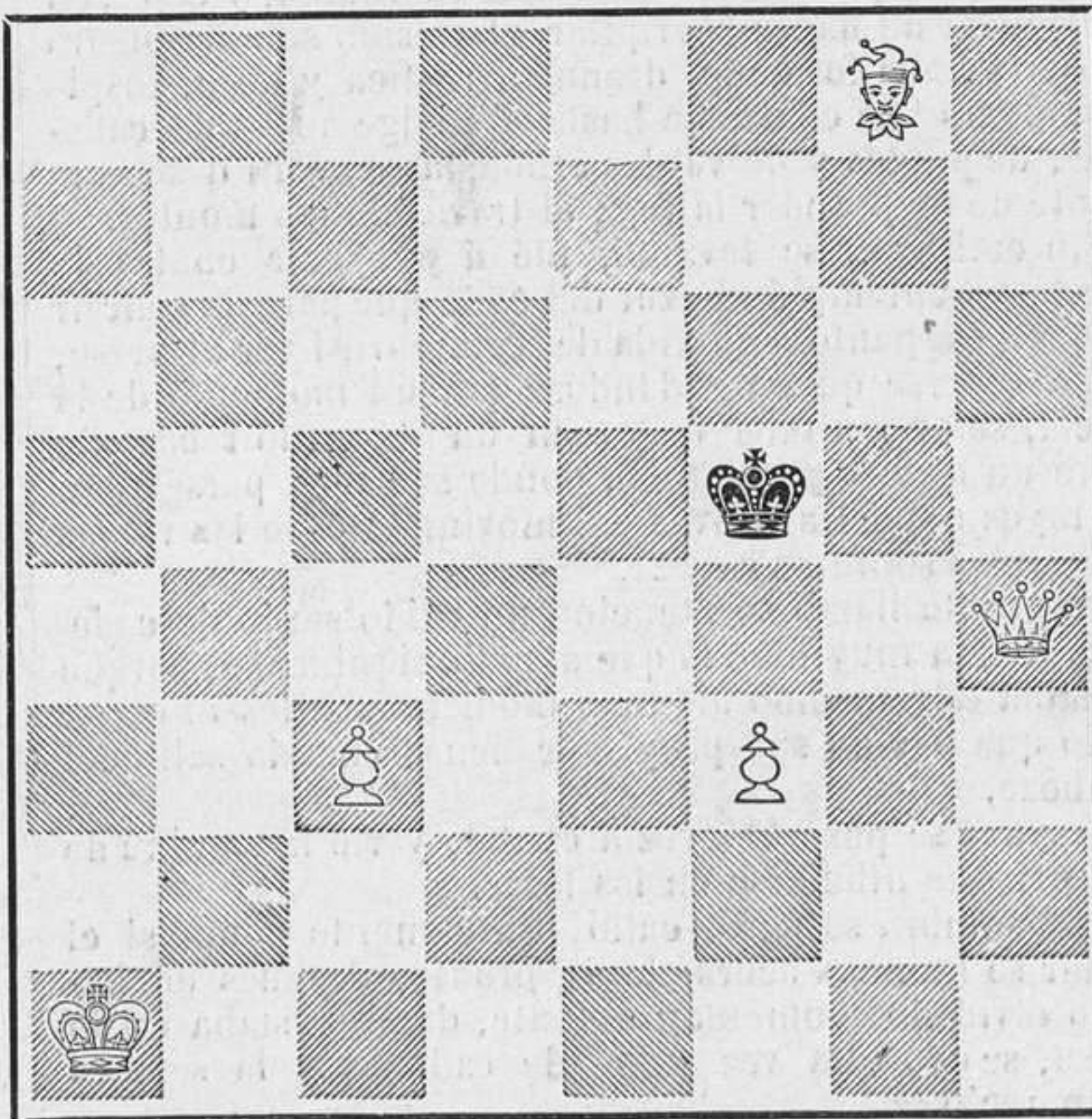
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 348

- | | |
|-----------------|--------------|
| 1 Rª toma C | P toma Rª |
| 2 T 5ª C jaque | R 3ª ó 5ª Rª |
| 3 A jaque-mate. | |

PROBLEMA NÚMERO 349, POR M. D. JULIEN.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.

neral de simpatía en favor de todos los desventurados sin esperanza!

Sables mellados y pistolas viejas sin pólvora ni balas; martillos de herrero, cuchillos, sierras, hachas y armas sacadas de las tiendas de los carniceros; un verdadero bosque de barras de hierro y mazas de madera; largas escaleras de mano para asaltar las paredes, llevadas por una docena de hombres; antorchas encendidas, manojos de estopas llenas de pez, de azufre y de betun; estacas arrancadas de los vallados, y hasta muletas arrebatadas á los mendigos impedidos en las calles: hé aqui cuales eran sus armas.

Cuando todo estuvo dispuesto, Hugo y Dionisio, colocados al lado de Simon Tappetit, rompieron la marcha, y en pos de ellos se agrupó la multitud, ondulante y bramadora como un mar que avanza.

En vez de tomar directamente por Holborn hácia la cárcel, como todos esperaban, los jefes de la turba entraron en Clerkenvall, y desparramándose por una calle pacífica, se pararon delante de una tienda de herrero, cuya enseña era: *A la llave de oro.*

— Llamad á esa puerta, dijo Hugo á los que estaban á su lado. Necesitamos esta noche un hombre del oficio. Si no responden, echadla abajo.

La tienda estaba cerrada, la puerta y la cerradura eran de resistencia, y por mas golpes que daban, nadie respondia.

Pero cuando la multitud impaciente principiá á gritar: « ¡ Peguemos fuego á la casa ! » y las antorchas se acercaron para poner en ejecucion la amenaza, se abrió la ventana del primer piso y se asomó el herrero que dijo con voz robusta:

— ¿ Qué queréis, canalla ? ¿ Queréis devolverme mi hija ?

— Son inútiles las preguntas, Varden, respondió Hugo haciendo un ademán con la mano á sus compañeros para que le dejasen hablar. Bajad al momento con las herramientas de vuestro oficio. Os necesitamos esta noche.

(Se continuará.)